

Edward GIBBON

LOS

# Cristianos

Y

LA CAÍDA

DE

ROMA.



Los primitivos cristianos continuamente vagaban por territorios místicos y sus mentes estaban acostumbradas a creer los acontecimientos más extraordinarios.



BAJAEPUB

La descripción subversiva e iconoclasta que Gibbon realizó del ascenso del cristianismo suscitó la más encendida indignación cuando vio la luz a finales del siglo XVIII y continúa siendo una de las más elocuentes e irrefutables críticas de la naturaleza engañosa de la fe.



Edward Gibbon

# Los cristianos y la caída de Roma

ePub r1.0  
Trips 15.08.14

Título original: *The Decline and Fall of The Roman Empire* (Extracto)

Edward Gibbon, 1776

Traducción: José Sánchez de León Mendiña

Retoque de cubierta: Trips

Editor digital: Trips

Corrección de erratas: Trips

ePub base r1.1

**más libros en [bajaepub.com](http://bajaepub.com)**

# **El progreso de la religión cristiana, las opiniones, costumbres, número y estado de los primitivos cristianos**

## **Importancia de la investigación y sus dificultades**

Una investigación sincera, aunque racional, del progreso y establecimiento del cristianismo debe ser considerada como una parte muy esencial de la historia del Imperio Romano. Mientras esa gran organización fue amenazada por una abierta violencia y socavada por una lenta decadencia, una religión pura y humilde se insinuó suavemente en los ánimos de los hombres, creció en el silencio y el anonimato, obtuvo nueva energía de la oposición y finalmente levantó la bandera triunfante de la cruz en las ruinas del Capitolio. La influencia del cristianismo no se ciñó al período o a los límites del Imperio Romano. Después de una revolución de trece o catorce siglos, esa religión es aún profesada por las naciones de Europa, la parte más distinguida del género humano en artes, conocimiento y armas. Mediante la industria y el celo de los europeos ha sido ampliamente difundida por las costas más lejanas de Asia y África y por medio de sus colonias se ha establecido firmemente desde Canadá a Chile, en un mundo desconocido por los antiguos.

Pero esta investigación, aunque útil y entretenida, va acompañada de dos dificultades distintas. Los escasos y sospechosos materiales de la historia eclesiástica apenas nos capacitan para disipar la nube oscura que está suspendida sobre la primera época de la Iglesia. La gran ley de la imparcialidad nos obliga muy a menudo a revelar las imperfecciones de los maestros y creyentes del Evangelio faltos de inspiración y, para un observador descuidado, sus faltas parecen proyectar una sombra sobre la fe que profesaban. Pero el escándalo del cristiano piadoso y el triunfo falaz del infiel cesarían una vez que recordaran no solamente por quién sino además para quién fue dada la Revelación divina. El teólogo puede complacerse en la agradable tarea de describir cómo la religión descendió del cielo, formada en su pureza original. Un deber más triste se impone al historiador. Tiene que descubrir la mezcla inevitable de error y corrupción que contrajo durante una larga permanencia sobre la tierra, entre una raza de seres débiles y degenerados.

## **Cinco causas del progreso del cristianismo**

Nuestra curiosidad nos impulsa a preguntar mediante qué medios la fe cristiana obtuvo una victoria tan señalada sobre las religiones establecidas de la tierra. A esta pregunta se le puede dar la obvia, aunque satisfactoria respuesta, de que fue debida al convincente testimonio de la doctrina misma y a la dirigente providencia de su gran autor. Pero como la verdad y la razón rara vez encuentran un

adecuado recibimiento en el mundo y como la sabiduría de la Providencia consiente frecuentemente en utilizar las pasiones del corazón humano y las circunstancias generales de la humanidad como instrumentos para ejecutar su propósito, debemos permitirnos todavía preguntar, aunque con apropiada sumisión, no cuáles fueron las primeras, sino cuáles fueron las causas secundarias del rápido progreso de la Iglesia cristiana. Tal vez parecerá que dicho progreso fue favorecido y ayudado por las cinco causas siguientes: I.- El celo inflexible e intolerante, si podemos usar la expresión, de los cristianos, sacado, eso sí, de la religión judía, pero purificado del estrecho e insociable espíritu que, en vez de invitar, había impedido a los gentiles abrazar la ley de Moisés. II.- La doctrina de una vida futura, mejorada con toda circunstancia adicional que pudiera dar peso y eficacia a esa importante verdad. III.- Los poderes milagrosos atribuidos a la Iglesia primitiva. IV.- La moral pura y austera de los cristianos. V.- La unión y disciplina de la república cristiana, que formó gradualmente un estado independiente y próspero en el corazón del Imperio Romano.

### **Primera causa: El celo inflexible e intolerante de los cristianos**

Ya hemos descrito la armonía religiosa del mundo antiguo y la facilidad con que diferentes naciones, incluso hostiles, aceptaron, o al menos respetaron, sus mutuas supersticiones. Pero un pueblo singular rechazó unirse al intercambio común de la humanidad. Los judíos, que, bajo las monarquías asiria y persa, habían languidecido durante muchos siglos hasta ser la parte más despreciada de sus esclavos, emergieron de la oscuridad bajo los sucesores de Alejandro y, como se multiplicaron de un modo sorprendente en el este y después en el oeste, pronto excitaron la curiosidad y la admiración de otras naciones. La hosca obstinación con que mantenían sus ritos y sus costumbres antisociales parecían señalarles como una especie distinta de hombres, que profesaban marcadamente o que ocultaban débilmente su implacable odio hacia el resto del género humano. Ni la violencia de Antíoco ni las arterías de Herodes ni el ejemplo de las naciones circunvecinas pudieron persuadir alguna vez a los judíos de mezclar las instituciones de Moisés con la elegante mitología de los griegos<sup>[1]</sup>. Según las máximas de tolerancia universal, los romanos protegieron una superstición que despreciaban. El cortés Augusto consintió en dar órdenes para que se ofrecieran sacrificios por su prosperidad en el templo de Jerusalén, mientras que el más insignificante de la posteridad de Abraham, que hubiera tributado el mismo homenaje al Júpiter del Capitolio, habría sido objeto de aborrecimiento para él mismo y para sus hermanos. Pero la moderación de los vencedores era insuficiente para calmar los celosos prejuicios de sus súbditos, que estaban alarmados y escandalizados con las insignias del paganismo que introdujeron ellos mismos en una provincia romana. El insensato intento de Calígula de colocar su propia estatua en el templo de Jerusalén quedó desbaratado por la unánime resolución de un pueblo que temía mucho menos la muerte que una profanación tan idólatra. Su apego a la ley de Moisés era igual a su aborrecimiento de las religiones extranjeras. La corriente de celo y devoción, como era llevada por un estrecho canal, corría con la fuerza y algunas veces con la furia de un torrente.

Esta inflexible perseverancia, que parecía tan odiosa o tan ridícula al mundo antiguo, asume un carácter más terrible desde que la Providencia se ha dignado a revelarnos misteriosa la historia del pueblo escogido. Pero el apego devoto e incluso escrupuloso a la religión mosaica, tan manifiesto entre los judíos que vivieron bajo el segundo templo, comienza a ser todavía más sorprendente si se compara con la obstinada incredulidad de sus antepasados. Cuando la ley fue otorgada con estruendo en el monte Sinaí, cuando las olas del océano y el curso de los planetas se suspendieron por la conveniencia de los israelitas y cuando los premios y los castigos temporales fueron las consecuencias inmediatas de su piedad o desobediencia, reincidieron continuamente en la rebelión contra la visible majestad de su rey divino, colocaron los ídolos de las naciones en el santuario de Jehová e imitaron todas las fantásticas ceremonias que se practicaban en las tiendas de los árabes y en las ciudades de Fenicia. Como la protección del cielo fue merecidamente retirada de la desagradecida raza, su fe adquirió un proporcionado nivel de vigor y pureza. Los contemporáneos de Moisés y Josué habían contemplado con despreocupada indiferencia los milagros más asombrosos. Bajo la presión de todo desastre, la creencia de esos milagros ha conservado a los judíos de un período posterior del contagio general de la idolatría y, en contradicción con todo principio de conocimiento de la mente humana, aquel pueblo singular parece haber dado un consentimiento más fuerte y rápido a las tradiciones de sus antepasados remotos que al testimonio de sus propios sentidos<sup>[2]</sup>.

La religión judía estaba admirablemente adaptada para la defensa, pero nunca diseñada para la

conquista; parece probable que el número de prosélitos nunca fue muy superior al de los apóstatas. Las promesas divinas originariamente se hicieron y el rito eminente de la circuncisión se ordenó a una sola familia. Cuando la posteridad de Abraham se había multiplicado como las arenas del mar, la Divinidad, de cuya boca recibieron un sistema de leyes y ceremonias, se declaró a sí misma como el Dios propio y nacional de Israel y con el cuidado más celoso separó a su pueblo escogido del resto de la humanidad. La conquista de la tierra de Canaán fue acompañada de tantos prodigios y tantas circunstancias sangrientas que los victoriosos judíos se quedaron en un estado de irreconciliable hostilidad con todos sus vecinos. Habían sido enviados para exterminar algunas de las tribus más idólatras y la ejecución de la voluntad divina rara vez se retrasó debido a la debilidad del género humano. Se les prohibió contraer matrimonio o alianza con otras naciones y la prohibición de acogerlas en la congregación, que en algunos casos era perpetua, casi siempre se extendió a la tercera, a la séptima o incluso a la décima generación. La obligación de predicar a los gentiles la fe de Moisés nunca había sido inculcada como un precepto de la ley ni los mismos judíos se inclinaron a imponerla como un deber voluntario.

En la admisión de nuevos ciudadanos, ese pueblo insociable se comportaba con la vanidad interesada de los griegos más que con la política generosa de Roma. Los descendientes de Abraham se enorgullecían con la idea de que sólo ellos eran los herederos de la promesa, y temían que el valor de su herencia disminuyera al compartirla con los extraños de la tierra. Una mayor relación con la humanidad amplió su conocimiento sin corregir sus prejuicios y, cada vez que el Dios de Israel adquiría nuevos devotos, los debía mucho más al carácter inconstante del politeísmo que al celo activo de sus propios misioneros. La religión de Moisés parece estar instituida para un país particular y para una sola nación, y si se impuso una estricta obediencia para que todo varón se presentara tres veces al año ante el Señor Jehová, habría sido imposible que alguna vez los judíos se hubieran extendido más allá de los estrechos límites de la tierra prometida. Ese obstáculo quedó eliminado con la destrucción del templo de Jerusalén, pero la parte más importante de la religión judía se vio envuelta en su destrucción y los paganos, que quedaron admirados durante mucho tiempo por la extraña noticia de un santuario vacío, no sabían cómo hallar lo que podría ser el objeto o los instrumentos de un culto que carecía de templos y de altares, de sacerdotes y de sacrificios. Pero incluso en su humillante situación, los judíos, reafirmando todavía en sus elevados y exclusivos privilegios, evitaron, en vez de cortejar, el trato con los extraños. Insistieron con inflexible rigor en aquellas partes de la ley que estaba en su poder practicar. Sus particulares distinciones de días, de comidas y sus distintas ceremonias triviales aunque onerosas eran objeto de disgusto y aversión para otras naciones debido a que sus hábitos y prejuicios eran diametralmente opuestos. Sólo el rito doloroso e incluso peligroso de la circuncisión era capaz de repeler a un prosélito voluntario de la puerta de la sinagoga.

Bajo estas circunstancias, la cristiandad se ofreció al mundo armada con la fuerza de la ley mosaica y liberada del peso de sus trabas. Un celo exclusivo por la verdad de la religión y la unidad de Dios fue cuidadosamente inculcado tanto en el nuevo como en el antiguo sistema, y todo lo que era revelado a la humanidad relativo a la naturaleza y al propósito del Ser Supremo se adaptaba para realzar la reverencia de esa misteriosa doctrina. La autoridad divina de Moisés y los profetas se admitía e incluso se establecía como la base más firme del cristianismo. Desde el comienzo del mundo, una serie continua de predicciones había anunciado y preparado la venida del Mesías, esperado desde hacía tiempo, el cual, de acuerdo con las percepciones burdas de los judíos, había sido representado con más frecuencia bajo el carácter de un rey y vencedor que bajo el de un profeta, un mártir y el Hijo de Dios. Mediante su sacrificio expiatorio, los sacrificios del templo se terminaron y abolieron al mismo tiempo. A la ley ceremonial, compuesta solamente de tipos y figuras, le sucedió un culto puro y espiritual, igualmente adaptado a todos los climas y a toda condición de la humanidad, y la iniciación de sangre se sustituyó con otra más inofensiva de agua. La promesa del favor divino, en lugar de ser parcialmente confinada a la posteridad de Abraham, se propuso universalmente al libre y al esclavo, al griego y al bárbaro, al judío y al gentil. Todo privilegio que pudiera levantar al prosélito desde la tierra al cielo, exaltar su devoción, asegurar su felicidad o incluso satisfacer aquel secreto orgullo que, bajo la apariencia de devoción, se insinúa dentro del corazón humano, quedaba reservado a los miembros de la Iglesia cristiana, pero, al mismo tiempo, se permitía, e incluso se solicitaba a toda la humanidad que aceptara la gloriosa distinción, que no solamente era propuesta como un favor, sino impuesta como una obligación. Comenzó a ser el deber sagrado de un nuevo converso difundir entre sus amigos y parientes la inestimable bendición que había recibido y de advertirles contra su rechazo, pues podría ser severamente castigado como desobediencia culpable a la voluntad de un dios benevolente aunque todopoderoso.

Sin embargo, el rescate de la Iglesia de los lazos de la sinagoga fue una labor dificultosa que llevó algún tiempo. Los judíos convertidos, que reconocían en Jesús el carácter del Mesías predicho por sus antiguas profecías, le respetaban como maestro profético de virtud y religión, pero se adherían obstinadamente a las ceremonias de sus antepasados y deseaban imponérselas a los gentiles, quienes continuamente aumentaban en número de creyentes. Estos cristianos judaizantes parecen haber discutido con algún grado de verosimilitud sobre el origen divino de la ley mosaica y las perfecciones inmutables de su gran autor. Afirmaban que, si el Ser, que es el mismo a través de toda la eternidad, hubiera considerado apropiado abolir aquellos ritos sagrados que habían servido para distinguir a su pueblo escogido, el rechazo de los mismos habría sido no menos claro y solemne que su primera

promulgación; que, en vez de aquellas frecuentes declaraciones que suponen o afirman la perpetuidad de la religión mosaica, se habría mostrado como un esquema provisional propuesto para durar solamente hasta la venida del Mesías, que enseñaría a la humanidad un modo más perfecto de fe y de culto; que el mismo Mesías y sus discípulos que conversaron con él en la tierra, en lugar de autorizar con su ejemplo las ceremonias más nimias de la ley mosaica, habrían pregonado al mundo la abolición de aquellas ceremonias inútiles y obsoletas, sin permitir que el cristianismo permaneciera durante tantos años confundido entre las sectas de la Iglesia judía. Argumentos como éstos parecen haber sido usados en defensa de la causa moribunda de la ley mosaica, pero la diligencia de nuestros sabios teólogos ha explicado ampliamente el lenguaje ambiguo del Antiguo Testamento y la conducta ambigua de los maestros apostólicos. Fue apropiado desarrollar gradualmente el sistema del Evangelio y pronunciar con la máxima cautela y dulzura una sentencia de condena tan repugnante a la inclinación y a los prejuicios de los judíos creyentes.

La historia de la Iglesia de Jerusalén proporciona una prueba palpable de la necesidad de esas precauciones y de la profunda impresión que la religión judía había dejado en las mentes de sus secuaces. Los quince primeros obispos de Jerusalén fueron todos judíos circuncidados y la congregación sobre la que presidían juntaba la ley de Moisés con la doctrina de Cristo. Era natural que la tradición primitiva de una Iglesia que fue fundada solamente cuarenta días después de la muerte de Cristo y que fue gobernada casi tantos años bajo la inspección inmediata de su apóstol fuera recibida como la bandera de la ortodoxia. Con mucha frecuencia las lejanas iglesias apelaban a la autoridad de su venerable Madre y aliviaban sus apuros mediante una contribución generosa de limosnas. Pero cuando se establecieron numerosas y opulentas congregaciones en las grandes ciudades del imperio, en Antioquía, Alejandría, Éfeso, Corinto y Roma, la reverencia que Jerusalén les había inspirado a todas las colonias cristianas fue disminuyendo poco a poco. Los judíos conversos o, como fueron denominados después, los nazarenos, que habían asentado los fundamentos de la Iglesia, pronto se encontraron abrumados por las crecientes multitudes que desde todas las diferentes religiones del politeísmo se alistaron bajo la bandera de Cristo. Los gentiles que, con la aprobación de su apóstol, habían rechazado el intolerable peso de las ceremonias mosaicas, finalmente les negaron a sus escrupulosos hermanos la misma tolerancia que al principio habían solicitado humildemente para su propia práctica. La ruina del templo, de la ciudad y de la religión pública de los judíos fue duramente sentida por los nazarenos, pues en sus costumbres, aunque no en su fe, mantenían una conexión muy íntima con sus compatriotas impíos, cuyas desgracias se atribuyeron al desprecio de los paganos y con más razón a la ira de la Divinidad Suprema de los cristianos. Los nazarenos se retiraron desde las ruinas de Jerusalén hacia la pequeña población de Pella, más allá del Jordán, donde esa antigua Iglesia languideció más de sesenta años en soledad y oscuridad<sup>[3]</sup>. Disfrutaron a pesar de todo del consuelo de hacer visitas frecuentes y devotas a la Ciudad Santa con la esperanza de ser restituidos algún día a esos lugares que la naturaleza y la religión los enseñaron a amar y reverenciar. Pero, al final, bajo el reinado de Adriano, el desesperado fanatismo de los judíos colmó la medida de sus calamidades y los romanos, irritados por sus continuas rebeliones, ejercieron los derechos de victoria con inusual rigor. El emperador fundó, bajo el nombre de Elia Capitolina, una nueva ciudad en el monte Sión, a la que otorgó los privilegios de una colonia y, amenazando con las penas más severas contra cualquier judío que osara acercarse a sus recintos, estableció una guarnición vigilante de una cohorte romana para reforzar el cumplimiento de sus órdenes. Los nazarenos habían dejado solamente una salida para escapar de la proscripción y la fuerza de la verdad se ayudó en esta ocasión de la influencia de ventajas temporales. Eligieron a Marco como su obispo, prelado del linaje de los gentiles y muy posiblemente natural de Italia o de alguna de las provincias latinas. Gracias a su poder de persuasión, la parte más importante de la congregación renunció a la ley mosaica, en cuya práctica habían perseverado más de un siglo. Mediante este sacrificio de sus hábitos y prejuicios, compraron una entrada libre en la colonia de Adriano y cimentaron con más firmeza su unión con la Iglesia católica.

Cuando el nombre y los honores de la Iglesia de Jerusalén fueron restablecidos en el monte Sión, los delitos de herejía y de cisma se imputaron al resto de los nazarenos que se negaron a acompañar a su obispo latino. Conservando todavía su antigua morada de Pella, se extendieron por las villas adyacentes a Damasco y formaron una insignificante iglesia en la ciudad de Berea o, como es ahora denominada, de Alepo, en Siria. El nombre de nazarenos se consideró demasiado honorable para esos judíos cristianos y pronto recibieron, debido a la supuesta pobreza de su entendimiento y de su condición, el epíteto despreciable de ebionitas. Unos pocos años después del retorno de la Iglesia de Jerusalén, se suscitó un tema de duda y controversia sobre si un hombre que sinceramente reconociera a Jesús como el Mesías, pero que todavía continuara observando la ley de Moisés, podía esperar la salvación. El temperamento humanista de Justino Mártir le inclinó a responder a esta cuestión de modo afirmativo; y aunque se expresó con cautelosa discreción, optó por decidirse en favor de un cristiano imperfecto, que estuviera complacido de practicar las ceremonias mosaicas sin pretender afirmar su utilidad o necesidad. Pero, cuando Justino fue presionado a que declarara cuál era la creencia de la Iglesia, confesó que había muchos cristianos ortodoxos que no solamente excluían a sus hermanos judaizantes de la esperanza de la salvación, sino que rechazaban todo trato con ellos en los oficios comunes de amistad, hospitalidad y vida social. La opinión más rigurosa prevaleció, como era de esperar, sobre la más suave y se fijó una barrera perpetua de separación entre los discípulos de Moisés y los de Cristo.

Los desdichados ebionitas, rechazados de una religión como apóstatas y de la otra como herejes, se vieron obligados a asumir un talante más decidido y, aunque algunos rasgos de esa secta obsoleta pueden ser descubiertos hasta el siglo IV, se refundieron imperceptiblemente en la Iglesia y en la sinagoga<sup>[4]</sup>.

Mientras la Iglesia ortodoxa se mantenía justo en medio de la veneración excesiva y el desprecio inadecuado por la ley de Moisés, los diferentes herejes se desviaban hacia extremos iguales aunque opuestos de error y extravagancia. De la verdad reconocida de la religión judía, los ebionitas concluyeron que nunca podría ser abolida. De sus supuestas imperfecciones, hasta los gnósticos dedujeron apresuradamente que nunca fue instituida por la sabiduría de la Divinidad. Hay algunas objeciones contra la autoridad de Moisés y de los profetas que se presentan demasiado pronto a la mente escéptica, aunque ellas solamente pueden deducirse de nuestra ignorancia sobre la antigüedad remota y de nuestra incapacidad para formar un juicio adecuado de la economía divina. Estas objeciones fueron aceptadas con avidez y hasta impulsadas presumidamente por la vana ciencia de los gnósticos. Como esos herejes eran, en gran parte, contrarios a los placeres de los sentidos, criticaron con acritud la poligamia de los patriarcas, las galanterías de David y el serrallo de Salomón. La conquista de la tierra de Canaán y el exterminio de sus desprevenidos nativos los desorientaron tanto que no sabían cómo reconciliarse con las nociones comunes de humanidad y justicia. Pero, cuando recordaban la sanguinaria lista de asesinatos, ejecuciones y masacres, que manchan casi todas las páginas de los anales judíos, reconocieron que los bárbaros de Palestina ejercieron tanta compasión hacia sus enemigos idólatras como la habían mostrado alguna vez a sus amigos o compatriotas. Superando a los sectarios de la misma ley, afirmaban que era imposible que una religión, que consiste solamente en sangrientos sacrificios e insignificantes ceremonias y cuyos premios y castigos eran de naturaleza carnal y temporal, pudiera inspirar amor a la virtud e impedir la impetuosidad de la pasión. La narración mosaica de la creación y la caída del hombre era tratada por los gnósticos con irrisión profana, que no escucharían con paciencia el descanso de la Divinidad después de seis días de trabajo, la costilla de Adán, el jardín del Edén, los árboles de la vida y del conocimiento, la serpiente habladora, la fruta prohibida y la condena pronunciada contra el género humano por la ofensa venial de sus primeros progenitores. El Dios de Israel era descrito impiamente por los gnósticos como un ser sujeto a la pasión y al error, caprichoso en su favor, implacable en su resentimiento, ruinmente celoso de su supersticiosa adoración y limitado en su providencia parcial a un solo pueblo y a esta vida transitoria. Debido a tales características, no podían descubrir ninguno de los rasgos del Padre sabio y omnipotente del universo. Admitían que la religión de los judíos era algo menos criminal que la idolatría de los gentiles, pero su doctrina fundamental era que el Cristo, a quien adoraban como la emanación primera y más resplandeciente de la Divinidad, apareció sobre la Tierra para rescatar a la humanidad de sus diferentes errores y para revelar un nuevo sistema de verdad y perfección. Los padres más cultos, mediante una condescendencia muy singular, han admitido imprudentemente la sofistería de los gnósticos. Reconociendo que el sentido literal es repugnante a todos los principios de la fe y la razón, se creyeron seguros e invulnerables detrás del amplio velo de la alegoría, que extendieron cuidadosamente sobre todas las partes más blandas de la ley mosaica.

Se ha comentado, con más ingenio que certeza, que la pureza virginal de la Iglesia nunca fue violada por el cisma o la herejía antes del reinado de Trajano o Adriano, cerca de cien años después de la muerte de Cristo. Podemos observar de manera más adecuada que durante ese período los discípulos del Mesías se complacían con la más amplia libertad de fe y práctica que alguna vez se haya permitido en siglos posteriores. Como las condiciones de comunión se fueron estrechando poco a poco y la autoridad espiritual del partido dominante se ejercía con creciente severidad, muchos de sus adeptos más respetables, que eran convocados a renunciar a sus opiniones personales, fueron obligados a afirmarlas, a atenerse a las consecuencias de sus equivocados principios y a levantar abiertamente la bandera de la rebelión contra la unidad de la Iglesia. Los gnósticos se distinguían por ser los más educados, los más cultos y los más ricos del nombre cristiano, y esa denominación general, que expresaba una superioridad de conocimiento, fue asumida por su propio orgullo u otorgada con ironía por la envidia de sus adversarios. Éstos eran casi sin excepción de la raza de los gentiles y sus principales fundadores parecen haber sido naturales de Siria o Egipto, donde el clima cálido dispone la mente y el cuerpo a la indolencia y a la devoción contemplativa. Los gnósticos mezclaban con la fe de Cristo muchos dogmas sublimes, aunque oscuros, que sacaban de la filosofía oriental e incluso de la religión de Zoroastro, referentes a la eternidad de la materia, la existencia de dos principios y la misteriosa jerarquía del mundo invisible. Una vez que se lanzaron a ese vasto abismo, se entregaron a la dirección de una desordenada imaginación y, como las sendas del error son diversas e infinitas, los gnósticos se dividieron en más de cincuenta sectas particulares, de las que las más famosas parecen haber sido los basilidianos, los valentinianos, los marcionitas y, en un período posterior, los maniqueos. Cada una de estas sectas podía presumir de sus obispos y congregaciones, de sus doctores y mártires y, en vez de los cuatro Evangelios adoptados por la Iglesia, los herejes enseñaban un sinnúmero de historias en que las acciones y los discursos de Cristo y sus apóstoles se adaptaban a sus respectivos dogmas. El éxito de los gnósticos fue rápido y grande. Cubrieron Asia y Egipto, se establecieron en Roma y algunas veces llegaron a penetrar en las provincias de Occidente. La mayor parte de ellos surgieron en el siglo II, florecieron durante el III y fueron desapareciendo en el IV o el V por el predominio de controversias

más de moda y por el supremo ascendiente del poder reinante. Aunque constantemente alteraban la paz y deshonoraban el nombre de la religión, contribuyeron a ayudar más que a retardar el progreso del cristianismo. Los gentiles convertidos, cuyas objeciones más fuertes y prejuicios iban directamente contra la ley de Moisés, fueron admitidos en muchas sociedades cristianas, que no exigían de su mente ignorante ninguna creencia de revelación anterior. Su fe se fue fortificando y ampliando poco a poco y la Iglesia se benefició finalmente de las conquistas de sus enemigos más ancestrales<sup>[5]</sup>.

Pero por muchas diferencias de opinión que pudieran existir entre los ortodoxos, los ebionitas y los gnósticos relativas a la divinidad o a la obligación de la ley mosaica, estaban todos igualmente animados por el mismo celo y por la misma aversión a la idolatría que había distinguido a los judíos de otras naciones del mundo antiguo. El filósofo, que consideraba el sistema del politeísmo como una composición fraudulenta y errónea, podía esconder una sonrisa de desprecio bajo la máscara de la devoción, sin temer que la burla o la conformidad le expusieran al resentimiento de algunos poderes invisibles o, en su opinión, imaginarios. Pero las religiones establecidas del paganismo fueron vistas por los primitivos cristianos bajo un prisma mucho más odioso y formidable. Era opinión universal de la Iglesia y de los herejes que los demonios eran los autores, los patronos y los objetos de la idolatría. Esos espíritus rebeldes, que habían sido degradados de la categoría de ángeles y derribados al abismo infernal, estaban a pesar de todo autorizados a vagar sobre la tierra, atormentar a los cuerpos y seducir las mentes de los hombres pecadores. Los demonios pronto descubrieron y abusaron de la natural propensión del corazón humano hacia la devoción y, retirando ingeniosamente la adoración del género humano por su Creador, usurparon el lugar y los honores de la Divinidad Suprema. Mediante el éxito de sus maliciosas invenciones, halagaron a la vez su propia vanidad y venganza y obtuvieron la única satisfacción de la que eran todavía susceptibles: la esperanza de involucrar a la especie humana en la participación de su culpa y miseria. Se confesaba o, al menos, se imaginaba que se habían repartido entre ellos mismos los papeles más importantes del politeísmo: un demonio asumiendo el nombre y los atributos de Júpiter, otro, de Esculapio, un tercero, de Venus y un cuarto, tal vez de Apolo, y que mediante la ventaja de su gran experiencia y naturaleza aérea estaban capacitados para ejecutar con suficiente destreza y dignidad los papeles que habían emprendido. Se escondían en los templos, iniciaban los festejos y sacrificios, inventaban fábulas, pronunciaban oráculos y les era permitido realizar milagros. Los cristianos, que mediante la interposición de los malos espíritus podían fácilmente descifrar toda apariencia sobrenatural, estaban dispuestos e incluso deseosos de admitir las ficciones más extravagantes de la mitología pagana. Pero la creencia del cristiano iba acompañada del horror. Consideraba la señal más insignificante de respeto al culto nacional como un homenaje directo rendido al demonio y como un acto de rebelión contra la majestad de Dios.

Como consecuencia de esta opinión, el primer deber del cristiano, aunque arduo, era conservarse puro e impoluto de la práctica de la idolatría. La religión de las naciones no era meramente una doctrina especulativa profesada en las escuelas o predicada en los templos. Las innumerables divinidades y ritos del politeísmo estaban estrechamente entretreídos con todo tipo de negocio o placer, de vida pública o privada y parecía imposible eludir la observancia de los mismos sin, al mismo tiempo, renunciar al comercio del género humano y a todos los oficios y diversiones de la sociedad. Las importantes negociaciones de la paz y la guerra se preparaban y concluían mediante solemnes sacrificios en los que el magistrado, el senador y el soldado estaban obligados a presidir o participar<sup>[6]</sup>. Los espectáculos públicos eran una parte esencial de la alegre devoción de los paganos y se suponía que los dioses aceptaban como ofrenda más grata los juegos que el príncipe y el pueblo celebraban en honor de su festividad. Los cristianos, que con horror piadoso eludían la abominación del circo y del teatro, se sentían envueltos en lazos infernales en cualquier alegre entretenimiento, siempre que sus amigos, invocando a las divinidades tutelares, derramaban libaciones por su mutua felicidad. Cuando una novia, luchando con fingida reticencia, era forzada en pompa nupcial en el umbral de su nueva morada o cuando la procesión triste de un difunto marchaba lentamente hacia la pira funeraria, el cristiano, en estas importantes ocasiones, estaba obligado a abandonar a las personas que le eran más queridas, para no contraer la culpa inherente a esas ceremonias impías. Todo arte y todo comercio que tuvieran la menor referencia a la elaboración o al adorno de los ídolos estaban contaminados con la mancha de la idolatría; la sentencia era severa, puesto que consagraba a la miseria eterna a la mayor parte de la comunidad que se empleaba en el ejercicio de profesiones liberales o mecánicas. Si posamos la mirada sobre los restos numerosos de la Antigüedad, percibiremos que, además de las representaciones cercanas de los dioses y los instrumentos sagrados de su culto, las formas elegantes y las ficciones agradables consagradas por la imaginación de los griegos se introdujeron como los ornamentos más ricos de las casas, el vestido y el mobiliario de los paganos. Incluso las artes de la música y la pintura, de la elocuencia y la poesía fluían de ese origen impuro. En el estilo de los padres, Apolo y las musas eran los órganos del espíritu infernal, Homero y Virgilio eran los más eminentes de sus servidores y la bella mitología, que impregna y anima las composiciones de su genio, se destina a celebrar la gloria de los demonios. Incluso en el lenguaje común de Grecia y Roma abundaban expresiones familiares, aunque impías, que el cristiano imprudente podía descuidadamente proferir o pacientemente escuchar<sup>[7]</sup>.

Las tentaciones peligrosas, que en todo lugar acechaban para sorprender al creyente desprevenido, le asaltaban con redoblada violencia en los días de festividades solemnes. Estaban tan ingeniosamente

encuadradas y dispuestas a lo largo del año que la superstición siempre llevaba la apariencia de placer y a menudo de virtud. Algunas de las festividades más sagradas en el ritual romano se destinaban a reverenciar las nuevas calendas de enero con votos de felicidad pública y privada, gozar del piadoso recuerdo de la muerte y la vida, verificar los límites inviolables de la propiedad, saludar, al regreso de la primavera, los poderes geniales de la fecundidad, perpetuar las dos eras memorables de Roma, la fundación de la ciudad y de la república, y restablecer, durante la licencia humana de los *Saturnalia*, la igualdad primitiva del género humano. Nos podemos hacer alguna idea de la aversión de los cristianos por tales ceremonias impías por la escrupulosa delicadeza que manifestaban en ocasiones mucho menos alarmantes. En los días de festividad general era costumbre entre los antiguos adornar las puertas con lámparas y con hojas de laurel y coronar sus cabezas con una guirnalda de flores. Esta práctica inocente y elegante podía tal vez haber sido tolerada como una mera institución civil. Pero sucedía desgraciadamente que las puertas estaban bajo la protección de los dioses lares, que el laurel era sagrado para el amante de Dafne y que las guirnaldas de flores, aunque normalmente se llevaban como símbolo de gozo o duelo, habían sido dedicadas en su origen al servicio de la superstición. Los temblorosos cristianos, que eran persuadidos en este caso a condescender con la moda de su país y con los mandatos del magistrado, actuaban con deprimente recelo por los reproches de su propia conciencia, las censuras de la Iglesia y las denuncias de la venganza divina.

Tal era la inquieta diligencia que se requería para proteger la castidad del Evangelio del aliento infeccioso de la idolatría. Los seguidores de la religión establecida practicaban, con descuido, por educación y hábito, las observancias supersticiosas de los ritos. Pero, cada vez que se presentaban, daban a los cristianos la oportunidad de declarar y confirmar su celosa oposición. Mediante estas frecuentes protestas, su adhesión a la fe se fue fortaleciendo y en proporción al incremento del celo combatieron con más ardor y éxito en la guerra santa que habían emprendido contra el imperio de los demonios.

## **Segunda causa: La doctrina de una vida futura**

Los escritos de Cicerón manifiestan con los colores más vivos la ignorancia, los errores y la incertidumbre de los antiguos filósofos con relación a la inmortalidad del alma. Cuando están deseosos de armar a sus discípulos contra el miedo de la muerte, inculcan, como una evidente aunque triste posición, que el golpe fatal de nuestra disolución nos libera de las calamidades de la vida y que ya no pueden sufrir por más tiempo los que dejan de existir. Pero había unos pocos sabios de Grecia y Roma que habían concebido una idea más elevada y, en algunos aspectos, más justa de la naturaleza humana, aunque debe confesarse que, en esta sublime investigación, su razón a menudo se había guiado por su imaginación y que ésta se había impulsado por su vanidad. Cuando veían complacientes la amplitud de sus propias energías mentales, cuando ejercitaban las distintas facultades de la memoria, de la fantasía y del juicio en las especulaciones más profundas o los trabajos más importantes, y cuando reflexionaban sobre el deseo de la fama, que los trasladaba a épocas futuras, mucho más allá de las fronteras de la muerte y de la sepultura, no estaban dispuestos a confundirse con las bestias del campo o suponer que un ser, por cuya dignidad mantenían la admiración más sincera, pudiera estar limitado a una parte de la tierra y a unos pocos años de duración. Con esta predisposición, invocaron en su ayuda a la ciencia, o más bien al lenguaje de la metafísica. Pronto descubrieron que, como ninguna de las propiedades de la materia se aplica a las operaciones de la mente, el alma humana, por consiguiente, tiene que ser una sustancia distinta del cuerpo, pura, simple y espiritual, incapaz de disolución y susceptible de un grado más elevado de virtud y felicidad después de liberarse de su prisión corporal. Desde estos principios hermosos y nobles, los filósofos que siguieron los pasos de Platón dedujeron una conclusión nada justificada, pues afirmaban no solamente la inmortalidad futura, sino la eternidad pasada del alma humana, que estaban también dispuestos a considerar como una parte del espíritu infinito y preexistente que impregna y sustenta el universo<sup>[8]</sup>. Una doctrina de este modo distante de los sentidos y de la experiencia humana podía servir para entretener el ocio de una mente filosófica o, en el silencio de la soledad, podía algunas veces conceder un rayo de consuelo a la desanimada virtud, pero la débil impresión que había producido en las escuelas quedó pronto desvanecida por el comercio y los negocios de la vida activa. Estamos lo suficientemente al corriente de las personas eminentes que florecieron en la época de Cicerón y de los primeros césares, de sus actuaciones, sus caracteres y sus motivos como para estar seguros de que su conducta en esta vida nunca fue regulada por una seria convicción de los

premios y castigos de una vida futura. En el foro y en el senado de Roma, los oradores más capaces no temían ofender a sus oyentes exponiendo esa doctrina como una opinión frívola y extravagante, que era rechazada con desprecio por todo hombre de entendimiento y educación humanística.

Por lo tanto, dado que los esfuerzos más sublimes de la filosofía no pueden tratar de señalar más que débilmente el deseo, la esperanza o, como mucho, la probabilidad de una vida futura, no hay nada, excepto una revelación divina, que pueda afirmar la existencia y describir la condición del invisible país destinado a recibir las almas de los hombres después de su separación del cuerpo. Pero podemos apreciar varios defectos inherentes a las religiones populares de Grecia y Roma que las hicieron muy inadecuadas a tarea tan ardua.

I.- El sistema general de su mitología no estaba sustentado por sólidos cimientos y los más sabios entre los paganos ya habían rechazado su usurpada autoridad.

II.- La descripción de las regiones infernales había sido abandonada a la fantasía de pintores y poetas, y éstos las poblaron de muchos fantasmas y monstruos que dispensaban sus premios y castigos con tan poca justicia que una verdad solemne, la más congénita al corazón humano, fue abatida y deshonrada por la mezcla absurda de las ficciones más estafalarias.

III.- La doctrina de una vida futura apenas se consideraba entre los politeístas devotos de Grecia y Roma como artículo fundamental de fe. La providencia de los dioses, como se refería a las comunidades públicas más que a los individuos en particular, se mostraba principalmente en el teatro visible del mundo presente. Las peticiones que se realizaban en los altares de Júpiter o Apolo expresaban la inquietud de sus adoradores por felicidades temporales y su ignorancia o indiferencia respecto a una vida futura. La verdad fundamental de la inmortalidad del alma fue inculcada con más diligencia y éxito en la India, Asiria, Egipto y la Galia y, dado que no podemos atribuir tal diferencia al conocimiento superior de los bárbaros, debemos adscribirla a la influencia de un sacerdocio establecido, que utilizaba los motivos de virtud como el instrumento de ambición.

Podríamos haber esperado naturalmente que un principio tan esencial a la religión hubiera sido revelado en los términos más claros al pueblo escogido de Palestina y haber sido seguramente confiado al sacerdocio hereditario de Aarón. Es de nuestra incumbencia adorar los misteriosos decretos de la Providencia, cuando descubrimos que la doctrina de la inmortalidad del alma es omitida en la ley de Moisés, es insinuada confusamente por los profetas y durante el largo período que transcurrió entre las servidumbres egipcia y babilónica, las esperanzas y los temores de los judíos parecen haber sido confinados dentro de los límites estrechos de la vida presente. Después de que Ciro permitiera al pueblo desterrado regresar a la tierra prometida y de que Esdras restableciera antiguos recuerdos de su religión, dos sectas famosas, los saduceos y los fariseos, surgieron en Jerusalén. Los primeros, procedentes de las filas más opulentas y distinguidas de la sociedad, se atenían estrictamente al sentido literal de la ley mosaica y rechazaban piadosamente la inmortalidad del alma como una idea que no tenía cabida en el libro divino, el cual reverenciaban como norma única de su fe. A la autoridad de la escritura, los fariseos añadían la de la tradición y aceptaban, bajo el nombre de tradiciones, varios dogmas especulativos de la filosofía y la religión de las naciones orientales. Las doctrinas del destino y de la predestinación, de los ángeles y de los espíritus y una vida futura de premios y castigos estaban en el grupo de estos nuevos artículos de creencia y, como los fariseos, por la austeridad de sus costumbres, atrajeron a su partido al pueblo judío, la inmortalidad del alma comenzó a ser el sentimiento predominante de la sinagoga bajo el reinado de los príncipes y pontífices asmoneos. La idiosincrasia de los judíos era incapaz de contentarse con una afirmación tan tibia y lánguida como para satisfacer la mente de un politeísta y, tan pronto como admitieron la idea de una vida futura, la abrazaron con el celo que siempre ha caracterizado a la nación. Sin embargo, su celo nada añadía a su evidencia o incluso probabilidad y era todavía necesario que la doctrina de la vida y de la inmortalidad, que había sido dictada por la naturaleza, aceptada por la razón y recibida por la superstición, obtuviera la aprobación de verdad divina por la autoridad y el ejemplo de Cristo.

Cuando la promesa de felicidad eterna fue propuesta al género humano con la condición de aceptar la fe y observar los preceptos del Evangelio, no es de extrañar que oferta tan ventajosa hubiera sido aceptada por grandes multitudes de toda religión, jerarquía y provincia del Imperio Romano. Los primitivos cristianos estaban animados por un desprecio de la existencia presente y por una confianza en la inmortalidad de la que la fe dudosa e imperfecta de épocas recientes no puede darnos una noción adecuada. En la Iglesia primitiva, la influencia de la verdad fue fortalecida poderosamente por una opinión que, aunque puede merecer respeto por su utilidad y antigüedad, no ha sido corroborada por la experiencia. Se creía que el fin del mundo y el reino de los cielos estaban cerca. La proximidad de este maravilloso acontecimiento había sido predicho por los apóstoles; la tradición de la misma se conservó por sus discípulos más directos y los que entendían en su sentido literal los discursos del mismo Cristo se vieron obligados a esperar la segunda y gloriosa venida del Hijo del Hombre en las nubes, antes de que se extinguiera totalmente aquella generación que había contemplado su humilde condición sobre la Tierra y que todavía podía ser testigo de las calamidades de los judíos bajo Vespasiano o Adriano. La revolución de diecisiete siglos nos ha enseñado a no forzar demasiado el lenguaje misterioso de la profecía y la revelación, pero, mientras con acertados propósitos se permitió que este error se mantuviera en la Iglesia, éste produjo los efectos más saludables en la fe y en la práctica de los cristianos, que vivían ante la expectación de aquel momento en que el globo mismo y todas las razas de

la humanidad temblarían ante la aparición del Divino Juez<sup>[9]</sup>.

La doctrina antigua y popular del Milenio está conectada íntimamente con la segunda venida de Cristo. Mientras los trabajos de la creación se terminaron en seis días, su duración en su estado actual, según la tradición que se le atribuyó al profeta Elías, se estableció en seis mil años. Mediante la misma analogía, se deducía que a este largo período de trabajo y contienda, que ahora casi estaba transcurrido<sup>[10]</sup>, le seguiría un sábado glorioso de mil años y que Cristo, junto con los santos y elegidos que habían escapado de la muerte o que habían sido milagrosamente resucitados, reinaría sobre la Tierra hasta el tiempo señalado para la resurrección última y general. Tan agradable era esta esperanza a la mentalidad de los creyentes que la Nueva Jerusalén, sede de este reino maravilloso, fue adornada rápidamente con todos los vivos colores de la imaginación. Una felicidad compuesta solamente de placer puro y espiritual les habría parecido demasiado refinada a sus habitantes, que todavía se suponían poseedores de su naturaleza humana y sus sentidos. Un jardín del Edén, con las diversiones de la vida pastoril, ya no era apropiado al estado avanzado de la sociedad, que prevalecía bajo el Imperio Romano. Una ciudad que estuviera, por consiguiente, construida de oro y piedras preciosas, donde la riqueza sobrenatural de cereales y vino fuera otorgada al territorio adyacente, en el disfrute de cuyas producciones espontáneas el pueblo, feliz y benevolente, nunca fuera coartado por leyes celosas de la propiedad privada. La certeza de semejante Milenio fue cuidadosamente inculcada por una sucesión de padres, desde Justino Mártir e Ireneo, que conversaron con los discípulos inmediatos de los apóstoles, hasta Lactancio, que fue preceptor del hijo de Constantino. Aunque no haya sido universalmente admitido, parece haber sido el sentimiento dominante entre los creyentes ortodoxos y parece tan adecuado a los deseos y temores de la humanidad que debió de haber contribuido en grado sumo al progreso de la fe cristiana. Pero, cuando el edificio de la Iglesia estaba casi acabado, el soporte temporal se dejó de lado. La doctrina del reinado de Cristo sobre la Tierra fue tratada al principio como una alegoría profunda; progresivamente fue considerada como una opinión dudosa e inútil y al final rechazada como la invención absurda de la herejía y el fanatismo. Una misteriosa profecía que forma parte todavía del canon sagrado pero que, como fue pensada a favor de la idea refutada, ha escapado por muy poco de la proscripción de la Iglesia<sup>[11]</sup>.

Mientras se prometía la felicidad y la gloria de un reinado temporal a los discípulos de Cristo, las más horribles calamidades se anunciaron contra un mundo descreído. La construcción de la Nueva Jerusalén tenía que avanzar por los mismos pasos que la destrucción de la Babilonia mística y, mientras los emperadores que reinaron antes de Constantino persistieron en la profesión de la idolatría, el epíteto de Babilonia fue aplicado a la ciudad y al Imperio de Roma. Se fue preparando una lista de todos los males físicos y morales que pueden afligir a una nación floreciente: discordia interna y la invasión de los bárbaros más feroces de las regiones desconocidas del norte, peste y hambre, cometas y eclipses, terremotos e inundaciones. Todos ellos no eran más que signos preparatorios y alarmantes de la gran catástrofe de Roma, cuando el país de los escipiones y los césares fuera consumido por el fuego del cielo y la ciudad de las siete colinas, con sus palacios, templos y arcos triunfales, se sumergiera en un vasto lago de fuego y azufre. Sin embargo, podía servir de algún consuelo a la vanidad romana que el período de su imperio sería el del mundo mismo y que, como había sucumbido ya una vez al elemento del agua, estaba destinado a experimentar una segunda y rápida destrucción por el elemento del fuego. Sobre la idea de un incendio general, la fe de los cristianos coincidía afortunadamente con la tradición de Oriente, la filosofía de los estoicos y la analogía de la naturaleza, e incluso el país que, por motivos religiosos, había sido escogido para el escenario original y principal del incendio era el mejor adaptado a ese propósito por causas naturales y físicas —por sus profundas cavernas, yacimientos de sulfuro y numerosos volcanes, de los que el Etna, el Vesubio y el Lípari muestran una pequeña representación—. El escéptico más calmado e intrépido no podía eludir el reconocimiento de que la destrucción del sistema actual del mundo por el fuego era en sí misma extremadamente probable. El cristiano, que basaba su creencia mucho menos en los argumentos falaces de la razón que en la autoridad de la tradición y la interpretación de la Escritura, lo esperaba con terror y confianza como un acontecimiento cierto y cercano y, como su mente estaba continuamente ocupada con esa idea solemne, consideró cada desastre que tenía lugar en el imperio como un síntoma infalible de que el mundo expiraba.

La condenación de los paganos más sabios y virtuosos, como consecuencia de su ignorancia e incredulidad de la verdad divina, parece ofender la razón y la humanidad de la época actual. Pero la Iglesia primitiva, cuya fe tenía mucha más consistencia, entregaba sin vacilación alguna al tormento eterno a la mayor parte de la especie humana. Una caritativa esperanza podía tal vez otorgarse a favor de Sócrates o algún otro sabio de la Antigüedad que consultó la luz de la razón antes de que el Evangelio hubiera aparecido. Pero se admitió unánimemente que los que, desde el nacimiento o la muerte de Cristo, persistieron obstinadamente en el culto de los demonios no merecían ni podían esperar perdón de la justicia ofendida de la Divinidad. Estas rígidas ideas, que no habían sido conocidas por el mundo antiguo, parecen haber infundido un espíritu de amargura en un sistema de amor y armonía. Los lazos de sangre y amistad fueron frecuentemente rotos en pedazos por la diferencia de fe religiosa y los cristianos, que en este mundo se encontraban oprimidos por el poder de los paganos, fueron algunas veces seducidos por el resentimiento y el orgullo espiritual de deleitarse con la perspectiva de su triunfo futuro. «Os gustan los espectáculos», exclama el adusto Tertuliano, «excepto el más grande de todos los espectáculos, el juicio final y definitivo del universo. Cómo admiraré, reiré,

disfrutaré y exultaré cuando contemple a tantos monarcas orgullosos y dioses imaginarios gimiendo en los abismos más profundos de la oscuridad, a tantos magistrados que persiguieron el nombre del Señor derritiéndose en los fuegos más feroces de cuantos se encendieron contra los cristianos, a tantos sabios filósofos brillando en llamas al rojo vivo junto a sus engañados discípulos, a tantos poetas famosos temblando ante el tribunal no de Minos sino de Cristo, a tantos actores dramáticos, más melodiosos en la expresión de sus propios sufrimientos, a tantos bailarines...». Pero la bondad del lector me permitirá tender un velo sobre el resto de la descripción infernal, que el celoso africano prosigue en una larga variedad de afectados e insensibles vaticinios.

Sin duda entre los primitivos cristianos había muchos con un temperamento más adecuado a la mansedumbre y la caridad de su creencia. Había muchos que sentían una sincera compasión por el peligro de sus amigos y compatriotas, y que ejercían el celo más benevolente para salvarlos de la destrucción inminente. El politeísta descuidado, atacado por terrores nuevos e inesperados contra los que ni sus sacerdotes ni sus filósofos podían ofrecerle una protección certera, era aterrizado y dominado con mucha frecuencia por la amenaza de las torturas eternas. Sus temores podían ayudar al progreso de su fe y razón y, si pudiera de una vez por todas persuadirse de que la religión cristiana fuera quizá verdad, se iniciaría una tarea fácil para convencerle de que era el partido más seguro y prudente que posiblemente pudiera abrazar.

### **Tercera causa: Los poderes milagrosos atribuidos a la Iglesia primitiva**

Los dones sobrenaturales, que incluso en esta vida eran atribuidos a los cristianos sobre el resto de la humanidad, tenían que haber conducido a su propio consuelo y con mucha frecuencia al convencimiento de los infieles. Además de los prodigios ocasionales que algunas veces podían ser efectuados por la interposición inmediata de la Divinidad cuando sometía las leyes de la naturaleza al servicio de la religión, la Iglesia cristiana, desde la época de los apóstoles y sus primeros discípulos, ha afirmado una sucesión continua de poderes milagrosos: el don de las lenguas, de las visiones y de la profecía, el poder de expulsar demonios, de sanar la enfermedad y de resucitar a los muertos. El conocimiento de lenguas extranjeras era comunicado frecuentemente a los contemporáneos de Ireneo, aunque el propio Ireneo tuvo que luchar con las dificultades de un dialecto bárbaro mientras predicaba el Evangelio a los nativos de la Galia. La inspiración divina, si se transmitía en la forma de una visión despierta o dormida, se describe como un favor otorgado generosamente a todo tipo de fieles, tanto a las mujeres como a los viejos, tanto a los niños como a los obispos. Cuando sus mentes devotas estaban lo suficientemente preparadas mediante una serie de plegarias, de ayunos y de vigiliias como para recibir el extraordinario influjo, eran transportados fuera de sus sentidos y entregados al éxtasis, siendo meros órganos del Espíritu Santo, al igual que la gaita o la flauta es de quien la sopla. Debemos añadir que el designio de estas visiones era, en su mayor parte, revelar la historia futura o guiar el gobierno actual de la Iglesia. La expulsión de los demonios de los cuerpos de aquellas infelices personas que estaban siendo atormentadas era considerada como un triunfo señalado, aunque corriente, de la religión, y los antiguos apologistas alegan continuamente que es el testimonio más convincente de la verdad cristiana. La terrible ceremonia se realizaba normalmente de forma pública y en presencia de un gran número de espectadores; el paciente era liberado gracias al poder o la destreza del exorcista, y al demonio vencido se le oía confesar que era uno de los fabulosos dioses de la Antigüedad que había usurpado con impiedad la adoración humana. Pero las curaciones milagrosas de enfermedades más arraigadas o incluso de tipo sobrenatural ya no ocasionan ninguna sorpresa cuando recordamos que en los días de Ireneo, alrededor del final del siglo II, la resurrección de los muertos estaba muy lejos de ser considerada un acontecimiento poco común, que el milagro era con frecuencia realizado en las ocasiones necesarias, mediante grandes ayunos y la súplica solidaria de la iglesia del lugar y que las personas de este modo resucitadas con las oraciones habían vivido después entre ellos muchos años. En tal período, cuando la fe podía alardear de tantas victorias maravillosas sobre la muerte, parece difícil justificar el escepticismo de aquellos filósofos que todavía rechazaban y se burlaban de la doctrina de la resurrección. Un noble griego basó toda una controversia sobre este motivo importante y prometió a Teófilo, obispo de Antioquía, que, si se pudiera recrear la vista con una sola persona que hubiera sido realmente resucitada de la muerte, abrazaría inmediatamente la religión cristiana. Es de algún modo digno de señalar que el prelado de la primera Iglesia oriental, aunque curioso por la posible conversión de su amigo, pensó más apropiado rechazar este justo y razonable reto.

Los milagros de la Iglesia primitiva, después de conseguir la aprobación de siglos, han sido últimamente atacados en una investigación muy libre e ingeniosa que, aunque ha encontrado una favorable acogida por parte del público, parece haber provocado un escándalo general entre los teólogos de nuestra propia Iglesia y de las otras Iglesias protestantes de Europa. Nuestros distintos pareceres sobre este asunto estarán mucho menos influenciados por ciertos argumentos particulares que por nuestros hábitos de estudio y reflexión, y, sobre todo, por el grado de evidencia que nos hemos acostumbrado a exigir como prueba de un acontecimiento milagroso. Un historiador no tiene la obligación de interponer su juicio particular en esta difícil e importante controversia, pero no debería ocultarse la dificultad que supone adoptar una teoría que como tal pueda reconciliar el interés de la religión con el de la razón, de hacer una aplicación más apropiada de esa teoría y de definir con precisión los límites de aquel período feliz, exento de error y engaño, al que podíamos estar dispuestos a extender el don de los poderes sobrenaturales. Desde el primero de los padres hasta el último de los papas, una sucesión de obispos, de santos, de mártires y de milagros continúa sin interrupción; el progreso de la superstición fue tan gradual y casi imperceptible que no sabemos en qué eslabón concreto deberíamos romper la cadena de la tradición. Cada época lleva el testimonio de los maravillosos acontecimientos por los que se ha distinguido y su testimonio parece no menos respetable y de peso que el de la generación precedente; hasta nos sentimos obligados a acusar nuestra propia inconsistencia si, en el siglo VIII o en el XII, le negamos a Beda el Venerable o a san Bernardo el mismo grado de confianza que, en el siglo II, habíamos otorgado tan generosamente a Justino o a Ireneo. Si la verdad de cualquiera de aquellos milagros es apreciada por su empleo y propiedad aparentes, toda época tendría incrédulos por convencer, herejes por refutar, naciones idólatras por convertir y siempre podrían producirse motivos suficientes para justificar la intervención del cielo. Y, sin embargo, puesto que todo amigo de la revelación está persuadido de la realidad de los poderes milagrosos y todo hombre razonable está convencido del cese de los mismos, es evidente que tiene que haber existido algún período en que fueron retirados de la Iglesia cristiana repentinamente o de forma gradual. Cualquiera que sea la época elegida para ese propósito, la muerte de los apóstoles, la conversión del Imperio Romano o la extinción de la herejía arriana, la insensibilidad de los cristianos que vivieron en aquel tiempo proporcionará igualmente un motivo de sorpresa. Todavía mantenían sus pretensiones después de que habían perdido su poder. La credulidad desempeña la función de la fe; el fanatismo se permitió asumir el lenguaje de la inspiración y las consecuencias accidentales o inventadas eran atribuidas a causas sobrenaturales. La reciente experiencia en milagros auténticos habría instruido al mundo cristiano en los caminos de la Providencia y habituado sus miradas (si podemos usar esa inadecuada expresión) al estilo del artista divino. Si el pintor más diestro de la Italia moderna presumiera de decorar sus poco convincentes imitaciones con el nombre de Rafael o de Correggio, el insolente fraude sería pronto descubierto y rechazado indignamente.

Pese a cualquier opinión que se tenga sobre los milagros de la Iglesia primitiva desde el tiempo de los apóstoles, esta irresistible falta de temple, tan acusada entre los creyentes de los siglos II y III, resultó de algún beneficio a la causa de la verdad y la religión. En tiempos modernos, un escepticismo latente e incluso involuntario impregna las disposiciones más piadosas. Su admisión como verdades sobrenaturales es mucho menos un consentimiento activo que una aquiescencia fría y pasiva. Acostumbrada desde hace mucho tiempo a observar y respetar el orden invariable de la naturaleza, nuestra razón o al menos nuestra imaginación no está suficientemente preparada para sostener la acción visible de la Divinidad. Pero en los primeros siglos del cristianismo la situación de la humanidad era extremadamente diferente. Los más curiosos o los más crédulos entre los paganos fueron a menudo persuadidos para entrar en una sociedad que afirmaba una verdadera pretensión de los poderes milagrosos. Los primitivos cristianos vagaban continuamente por territorios místicos y sus mentes estaban acostumbradas a creer los acontecimientos más extraordinarios. Sentían o imaginaban que en todo lugar estaban incesantemente asaltados por demonios, consolados por visiones, instruidos por profecía y liberados sorprendentemente del peligro, la enfermedad y la muerte por las súplicas de la Iglesia. Los prodigios reales o imaginarios, de los que tan frecuentemente concebían ellos mismos ser los objetos, los instrumentos o los espectadores, los disponían felizmente a adoptar con la misma facilidad, pero con mucha mayor justicia, los prodigios auténticos de la historia evangélica y, así, milagros que no excedían la medida de su propia experiencia les infundían la más enérgica garantía sobre los misterios que se reconocían porque sobrepasaban los límites de su entendimiento. Es esta profunda impresión sobre las verdades sobrenaturales la que ha sido demasiado celebrada bajo el nombre de fe, un estado de la mente descrito como la prenda más segura del favor divino y de la felicidad futura, y recomendado como el primero o tal vez el único mérito de un cristiano. Según los doctores más rígidos, las virtudes morales, que pueden ser igualmente practicadas por los infieles, están destituidas de algún valor y eficacia en el afán de nuestra justificación.

## Cuarta causa: La moral pura y austera de los cristianos

Pero los primitivos cristianos demostraron su fe a través de sus virtudes y estaba muy justificado suponer que la persuasión divina, que iluminaba o dominaba el entendimiento, tenía al mismo tiempo que purificar el corazón y dirigir las acciones del creyente. Los primeros apologistas del cristianismo, que justifican la inocencia de sus hermanos, y los escritores de un período más reciente, que alaban la santidad de sus antepasados, muestran, con los colores más vivos, la reforma de costumbres que fue introducida en el mundo con la predicación del Evangelio. Como es mi intención resaltar únicamente las causas humanas que como tales permitieron secundar la influencia de la Revelación, mencionaré por encima dos motivos que pudieron hacer las vidas de los primitivos cristianos mucho más puras y austeras que las de sus paganos contemporáneos o sus degenerados sucesores: el arrepentimiento de sus pecados pasados y el deseo laudable de mantener la reputación de la sociedad en la que estaban comprometidos.

Es un reproche muy antiguo, sugerido por la ignorante o maliciosa infidelidad, que los cristianos atraían hacia su partido a los criminales más atroces, que, una vez que eran conmovidos por el sentido del remordimiento, fácilmente se persuadían de limpiar con el agua del bautismo la culpa de su conducta pasada, para la que los templos de los dioses rechazaban concederles alguna expiación. Pero este reproche, cuando es aclarado mediante una descripción incorrecta, contribuye tanto al honor como al agrandamiento de la Iglesia. Los amigos del cristianismo deben reconocer sin avergonzarse que antes de su bautismo muchos de los más eminentes santos habían sido los pecadores más empedernidos. Aquellas personas que en el mundo habían seguido, aunque de manera imperfecta, los dictados de la benevolencia y el decoro estaban tan satisfechos con la opinión de su propia rectitud que les hacía mucho menos susceptibles de sentir repentinas emociones de vergüenza, de aflicción y de terror, que han dado nacimiento a tantas asombrosas conversiones. Después del ejemplo de su Divino Maestro, los misioneros del Evangelio no despreciaban una sociedad de hombres y especialmente de mujeres oprimidos por la conciencia y, muy a menudo, por las consecuencias de sus vicios. Como salían del pecado y la superstición a la esperanza gloriosa de la inmortalidad, decidían consagrarse a una vida no solamente de virtud sino de penitencia. El deseo de perfección se convertía en la pasión que dirigía su alma, y es bien sabido que, mientras la razón abraza una fría mediocridad, nuestras pasiones nos precipitan con violencia sobre el espacio que media entre los opuestos extremos.

Cuando los nuevos convertidos se enrolaban en el número de fieles y eran admitidos a los sacramentos de la Iglesia, renunciaban a recaer en sus desórdenes pasados debido a otra consideración de naturaleza no menos espiritual pero más inocente y respetable. Cualquier sociedad que ha surgido del gran cuerpo de la nación, o la religión a la que pertenece, comienza inmediatamente a ser objeto de observación universal y envidiosa. En proporción a la escasez de sus miembros, el carácter de la sociedad puede verse afectado por las virtudes y los vicios de las personas que la componen y cada miembro se encarga de vigilar con la máxima atención su propia conducta y la de sus hermanos, pues, como tiene que asumir una parte de la mutua desgracia, puede disfrutar del reparto de la reputación colectiva. Cuando los cristianos de Bitinia fueron llevados ante el tribunal de Plinio el Joven, aseguraron al procónsul que, muy lejos de estar implicados en una conspiración ilegal, estaban ligados por una solemne obligación de abstenerse de cometer aquellos delitos que perturban la paz de la sociedad, del hurto, robo, adulterio, perjurio y fraude. Cerca de un siglo después, Tertuliano con legítimo orgullo pudo alardear de que muy pocos cristianos habían sufrido por la mano del verdugo, excepto a causa de su religión. Su seria y retirada vida, contraria al lujo alegre del siglo, los habituaba a la castidad, la templanza, la economía y a todas las virtudes sobrias y domésticas. Como la gran mayoría pertenecía a algún oficio o profesión, era de su incumbencia, con el fin de mantener una estricta integridad y un comercio más justo, evitar las sospechas que los profanos son demasiado propensos a urdir contra las apariencias de santidad. El desprecio del mundo los ejercitaba en los hábitos de la humildad, la mansedumbre y la paciencia. Cuanto más eran perseguidos, más se adherían unos a otros. Su mutua caridad y abierta confianza han sido advertidas por los infieles, y amigos fingidos abusaron de ellas demasiado a menudo.

Es una circunstancia muy honorable para la moralidad de los primitivos cristianos que incluso sus faltas, o más bien errores, se derivaran de un exceso de virtud. Los obispos y los doctores de la Iglesia, cuya evidencia da fe y cuya autoridad podía influir en las declaraciones, en los principios e incluso en las prácticas de sus contemporáneos, habían estudiado las Escrituras con menos técnica y más devoción, y a menudo aceptaban, en el sentido más literal, aquellos rígidos preceptos de Cristo y los apóstoles en cuya interpretación la prudencia de comentaristas posteriores ha puesto en práctica un modo más amplio y figurativo. Ambiciosos por elevar la perfección del Evangelio por encima de la sabiduría de la filosofía, los padres celosos han llevado los deberes de la propia mortificación, de la pureza y de la paciencia a una altura que apenas se puede alcanzar, y mucho menos conservar, en nuestro actual estado de debilidad y corrupción. Una doctrina tan extraordinaria y tan sublime debía inevitablemente dominar la veneración del pueblo, pero estaba mal calculada para obtener el voto de aquellos filósofos mundanos que, en la conducta de su vida transitoria, consultan solamente los sentimientos de la naturaleza y del interés de la sociedad.

Hay dos tendencias muy naturales que podemos distinguir en las disposiciones más virtuosas y

generosas: el amor al placer y el amor a la acción. Si el primero es purificado por el arte y la cultura, mejorado por los encantos del trato social y corregido por una justa relación con la economía, la salud y la reputación, es generador de la mayor parte de la felicidad de la vida privada. El amor a la acción es un principio de una naturaleza más fuerte y más dudosa. A menudo conduce a la cólera, la ambición y la venganza, pero, cuando es guiado por el sentido del decoro y la benevolencia, comienza a ser el padre de toda virtud y, si esas virtudes van acompañadas de iguales aptitudes, una familia, un estado o un imperio pueden agradecerle su seguridad y prosperidad al coraje intrépido de un solo hombre. Al amor al placer podemos, por consiguiente, adscribir lo más agradable; al amor a la acción, atribuir las capacidades más útiles y respetables. El punto en el que ambos estarían unidos y armonizados parecería constituir la idea más perfecta de la naturaleza humana. La insensible e inactiva disposición que se supondría destituida por igual en ambos sería rechazada, por el consentimiento común de la humanidad, por ser absolutamente incapaz de procurarle algo de felicidad al individuo o de beneficio al mundo. Pero no era en este mundo donde el primitivo cristiano estaba deseando hacerse agradable o útil.

La adquisición de conocimiento, el ejercicio de nuestra razón o fantasía y la animada afluencia de una distendida conversación pueden ocupar el ocio de una mente abierta. Sin embargo, tales distracciones eran rechazadas con aversión y admitidas con la máxima cautela por la severidad de los padres, que despreciaban todo conocimiento que no fuera útil para la salvación y consideraban cualquier conversación trivial como un abuso criminal del don del habla. En nuestro estado presente de existencia, el cuerpo está tan inseparablemente conectado con el alma que parece ser nuestro interés gustar, con inocencia y moderación, de los placeres de los cuales ese fiel compañero es susceptible. Muy diferente era el razonamiento de nuestros devotos predecesores; aspirando inútilmente a imitar la perfección de los ángeles, despreciaban o fingían despreciar todo deleite terrenal y corporal. Algunos de nuestros sentidos son realmente necesarios para nuestra propia conservación, otros para nuestra subsistencia y otros también para nuestra información, y por eso es imposible rechazar el uso de ellos. La primera sensación de placer era señalada como el primer momento de su abuso. El candidato al cielo, endurecido, estaba enseñado no solamente a resistir los atractivos más groseros del gusto o el olfato, sino incluso a cerrar los oídos contra la armonía profana de los sonidos y a mirar con indiferencia las producciones más perfectas del arte humano. Se suponía que la indumentaria alegre, las casas magníficas y el mobiliario elegante unían la doble culpa del orgullo y la sensualidad; por tanto, una apariencia simple y mortificada era más apropiada para el cristiano consciente de sus pecados y dudoso de su salvación. En sus censuras del lujo, los padres eran extremadamente minuciosos y circunstanciales, y entre las cosas que excitaban su piadosa indignación podemos enumerar pelo postizo, ropas de color excepto el blanco, instrumentos de música, vasos de oro y plata, almohadones mullidos (pues Jacob reposaba su cabeza sobre una piedra), pan blanco, vinos extranjeros, saludos públicos, el uso de baños calientes y la práctica del afeitado de la barba, que, conforme a la expresión de Tertuliano, es una mentira contra nuestros propios rostros y un atentado impío para mejorar las obras del Creador. Cuando el cristianismo se introdujo entre los ricos y educados, la observación de estas singulares leyes quedó, como lo sería hoy día, para unos pocos ambiciosos de santidad superior. Pero siempre es fácil y agradable para las clases inferiores reclamar el mérito del desprecio de aquella pompa y placer que la fortuna ha colocado fuera de su alcance. La virtud de los primitivos cristianos, como la de los primeros romanos, fue protegida frecuentemente por la pobreza y la ignorancia.

La severa castidad de los padres en todo lo relativo al trato entre los dos sexos procedía del mismo principio: su aversión a todo placer que pudiera agradar a la sensualidad y degradar la naturaleza espiritual del hombre. Su opinión favorita era que, si Adán hubiera obedecido al Creador, habría vivido para siempre en un estado de pureza virginal y algún tipo inofensivo de vegetación podría haber poblado el paraíso con una raza de seres inocentes e inmortales. El uso del matrimonio estaba permitido solamente para su arruinada posteridad, como un recurso necesario para perpetuar la especie humana y como una restricción, aunque imperfecta, sobre el desenfreno natural del deseo. La duda de los casuistas ortodoxos sobre esta interesante materia demuestra la perplejidad de unos hombres no dispuestos a aprobar una institución que estaban obligados a tolerar. La enumeración de leyes muy extrañas impuestas circunstancialmente sobre el lecho conyugal provocaría una sonrisa al galán y un rubor a la bella. Su idea unánime era que un primer matrimonio se adecuaba a todos los propósitos de la naturaleza y de la sociedad. La unión sensual se fue purificando hacia una semejanza de la unión mística de Cristo con su Iglesia y se declaró indisoluble por el divorcio o por la muerte. La práctica del segundo matrimonio fue tildada con el nombre de adulterio legal y las personas que eran culpables de tan escandalosa ofensa contra la pureza cristiana pronto quedaban excluidas de los honores e incluso de la protección de la Iglesia. Puesto que el deseo se consideraba como un delito y el matrimonio se toleraba como un defecto, considerar un estado de celibato como el acceso más próximo a la perfección divina era consecuente con los mismos principios. Con suma dificultad la antigua Roma podía mantener la institución de las seis vestales, pero la Iglesia primitiva se llenó de un gran número de personas de ambos sexos que se habían consagrado a profesar una perpetua castidad. Unos pocos de éstos, entre los que podemos reconocer al erudito Orígenes, juzgaron más prudente desarmar al tentador. Algunos eran insensibles y otros invencibles contra los asaltos de la carne. Despreciando una huida ignominiosa, las vírgenes del clima cálido de África se enfrentaban al enemigo en estrecho

combate; permitían a los sacerdotes y diáconos compartir sus camas y se gloriaban en medio de las llamas de su pureza sin mancha. Pero la naturaleza, ofendida, algunas veces reivindicaba sus derechos y esta nueva especie de martirio servía únicamente para introducir un nuevo escándalo dentro de la Iglesia. Sin embargo, entre los cristianos ascetas (nombre que pronto adquirieron por su dura disciplina), muchos, como eran menos presuntuosos, tuvieron probablemente más éxito. La pérdida del placer carnal era suplida y compensada por el orgullo espiritual. Incluso los paganos se inclinaban a estimar el mérito del sacrificio por su aparente dificultad y era en la alabanza de estas castas esposas de Cristo donde los padres derramaron sucesivamente la corriente turbulenta de su elocuencia. Tales son los rasgos iniciales de los principios monásticos y las instituciones que, en una época posterior, han contrarrestado todas las ventajas temporales del cristianismo.

Los cristianos no eran menos contrarios a los negocios que a los placeres de este mundo. No sabían cómo reconciliar la defensa de sus personas y propiedades con la paciente doctrina que imponía un perdón ilimitado de las injurias pasadas y les ordenaba que admitieran la repetición de insultos recientes. Su simplicidad se ofendía por el uso de juramentos, por la pompa de las magistraturas y por el enfrentamiento de la vida pública. Su ignorancia no podía ser convencida de que era lícito en alguna ocasión derramar la sangre de nuestros hermanos con la espada de la justicia o de la guerra, incluso cuando sus criminales u hostiles atentados amenazaran la paz y la seguridad de toda la comunidad. Se reconocía que, bajo una ley menos perfecta, los poderes de la constitución judía habían sido ejercidos con la aprobación del cielo, por profetas inspirados y por reyes ungidos. Los cristianos sentían y confesaban que tales instituciones podrían ser necesarias para el sistema actual del mundo y que se sometían gustosamente a la autoridad de sus gobernadores paganos. Pero, mientras inculcaban las máximas de la obediencia pasiva, rechazaban tomar parte activa en el gobierno civil o en la defensa militar del imperio. Tal vez podía permitirse alguna indulgencia en aquellas personas que, antes de su conversión, ya estaban comprometidas en ocupaciones violentas o sanguinarias, pero era imposible que los cristianos, sin renunciar a un deber más sagrado, pudieran asumir el papel de soldados, de magistrados o de príncipes. Esta indolencia o incluso desatención criminal a la asistencia pública los expuso al desprecio y a los reproches de los paganos, que con mucha frecuencia preguntaban: ¿Cuál sería la suerte del imperio, atacado por todas partes por los bárbaros, si toda la humanidad adoptara las mismas actitudes pusilánimes de la nueva secta? A esta pregunta insultante los apologistas cristianos dieron respuestas ambiguas, como que no estaban dispuestos a revelar la causa secreta de su seguridad, la expectativa de que, antes de cumplirse la conversión de la humanidad, la guerra, el gobierno, el Imperio Romano y el mismo mundo ya no existirían. En este ejemplo también podemos observar que la situación de los primitivos cristianos coincidía afortunadamente con sus escrúpulos religiosos y que su aversión a la vida activa contribuía más a excusarlos del servicio que a excluirlos de los honores del Estado y el ejército.

### **Quinta causa: La unión y disciplina de la república cristiana**

Pero el carácter humano, aun cuando puede elevarse o deprimirse por un entusiasmo temporal, volverá gradualmente a su estado propio y natural, y asumirá aquellas pasiones que parecen las más adaptadas a su condición presente. Los primitivos cristianos estaban fuera de los negocios y los placeres del mundo, pero su afán por la acción, que nunca podría estar enteramente extinguido, pronto revivió y encontró una ocupación nueva en el gobierno de la Iglesia. Una sociedad separada, que atacaba a la religión establecida del imperio, era obligada a adoptar algún tipo de política interior y nombrar un número suficiente de ministros, encargados no sólo de las funciones espirituales, sino incluso de la dirección de la república cristiana. La seguridad de la sociedad, su honor, su engrandecimiento eran causantes, incluso en los ánimos más piadosos, de un espíritu de patriotismo, tal como los primeros romanos habían sentido por la república, y algunas veces de una indiferencia similar en el uso de cualquier medio que pudiera probablemente conducir a tan deseable finalidad. La ambición de ascender ellos mismos o sus amigos a los honores y cargos de la Iglesia se disimulaba con la laudable intención de consagrarse al beneficio público del poder y con la consideración de que, para ese propósito solamente, comenzaban a ser solicitados sus deberes. En el ejercicio de sus funciones eran frecuentemente convocados para detectar los errores de la herejía o las arterías de la facción, oponerse a los planes de los pérfidos hermanos, estigmatizar su reputación con merecida infamia y expulsarlos del gremio de una sociedad cuya paz y felicidad habían intentado trastornar. A los gobernantes

eclesiásticos de los cristianos se les enseñaba a unir la astucia de la serpiente con la inocencia de la paloma, pero, mientras la primera se iba resabiando, la segunda de igual manera se iba corrompiendo con los hábitos de gobierno. En la Iglesia, lo mismo que en el mundo, las personas que estaban colocadas en cualquier cargo público sobresalían por su elocuencia y constancia, por su conocimiento de la humanidad y por su habilidad en los negocios y, mientras ocultaban a los otros y tal vez a ellos mismos los motivos secretos de su conducta, con demasiada frecuencia recaían en las turbulentas pasiones de la vida activa, que se teñían con un grado adicional de rigor y obstinación con el fin de infundir el celo espiritual.

El gobierno de la Iglesia ha sido a menudo el asunto y el premio de las contiendas religiosas. Los hostiles disputadores de Roma, París, Oxford y Ginebra han luchado por igual por limitar el modelo primitivo y apostólico a las banderas respectivas de sus propias políticas. Los pocos que han persistido en esta investigación de forma sincera e imparcial son de la opinión de que los apóstoles desistieron del oficio de legislar y más bien eligieron tolerar algunos escándalos y divisiones parciales que excluir a los cristianos de tiempos futuros de la libertad de variar sus formas de gobierno eclesiástico conforme a los cambios de los tiempos y las circunstancias. El esquema de la política que, bajo su aprobación, fue adoptado para su uso en el siglo I puede descubrirse en la práctica de Jerusalén, Éfeso o Corinto. Las sociedades que se instituyeron en las ciudades del Imperio Romano solamente se unían por los lazos de la fe y la caridad. La independencia y la igualdad formaron la base de su constitución interna. La falta de disciplina y de saber humano se suplía con la asistencia temporal de los profetas, que eran llamados a esa función, sin distinción de edad, sexo o cualidades naturales, y que, siempre que sentían el impulso divino, derramaban en adelante las efusiones del espíritu en la asamblea de los fieles. Pero los maestros profetas frecuentemente abusaban o malgastaban estos dones extraordinarios. Los mostraban en el momento más inoportuno, interrumpían con descaro el servicio de la asamblea y debido a su orgullo o celo equivocado introdujeron, particularmente en la Iglesia apostólica de Corinto, una larga y triste serie de desórdenes. Como la institución de los profetas se hizo inservible, e incluso perniciosa, sus poderes fueron retirados y su oficio abolido.

Las funciones públicas de la religión fueron únicamente confiadas a los ministros establecidos de la Iglesia, los obispos y los presbíteros, dos denominaciones que, en su origen primitivo, parecen haber distinguido el mismo oficio y el mismo orden de personas. El nombre de presbítero expresaba su edad o, más bien, su gravedad y sabiduría. El título de obispo denotaba su inspección sobre la fe y sobre las costumbres de los cristianos que estaban encomendados a su cuidado pastoral. En proporción a los números respectivos de fieles, un número mayor o menor de estos presbíteros episcopales guiaba cada pequeña congregación con igual autoridad y consejos.

Pero la congruencia más perfecta de libertad requiere la mano dirigente de un magistrado superior; el orden de las deliberaciones públicas pronto introduce el cargo de un presidente, investido al menos con la autoridad de recoger las ideas y de ejecutar las resoluciones de la asamblea. El aprecio por la tranquilidad pública, que tan frecuentemente había sido interrumpida por elecciones anuales u ocasionales, indujo a los primitivos cristianos a constituir una magistratura honorable y perpetua, y elegir a uno de los más sabios y más santos entre sus presbíteros para que ejecutara, durante su vida, los deberes de su gobernador eclesiástico. Bajo estas circunstancias, el título de obispo comenzó a levantarse sobre la denominación humilde de presbítero y, mientras este último mantenía la distinción de los miembros de cada senado cristiano, el primero se apropió de la dignidad de su nuevo presidente. Las ventajas de esta forma episcopal de gobierno, que según parece se introdujo antes de finalizar el siglo I, eran tan obvias y tan importantes para la grandeza futura y la paz presente del cristianismo, que se adoptó sin demora por todas las sociedades que ya estaban esparcidas por el imperio y adquirió en un período muy temprano la sanción de la Antigüedad, siendo todavía reverenciada por las Iglesias más poderosas, de Oriente y Occidente, como establecimiento primitivo e incluso divino. No sería necesario observar que los piadosos y humildes presbíteros, que al principio eran dignificados con el título episcopal, no podían poseer, y probablemente habrían rechazado, el poder y la pompa que ahora rodea la tiara del pontífice romano o la mitra de un prelado alemán. Pero podemos definir en pocas palabras los límites estrechos de su jurisdicción original, que eran principalmente de naturaleza espiritual, aunque en algunos casos temporal. Consistían en la administración de los sacramentos y la disciplina de la Iglesia, la superintendencia de las ceremonias religiosas, que fueron creciendo en número y variedad, la consagración de ministros eclesiásticos, a los que el obispo asignaba sus respectivas funciones, la administración del fondo público y la decisión de todas las diferencias que como tales los fieles no estaban dispuestos a exponer ante el tribunal de un juez idólatra. Estos poderes, durante un breve período, eran ejercidos conforme al consejo del colegio de los presbíteros y con el consentimiento y la aprobación de la asamblea de los cristianos. Los primitivos obispos eran considerados solamente como los primeros entre sus iguales y como los sirvientes honorables de un pueblo libre. Cada vez que la sede episcopal quedaba vacante debido a una muerte, se elegía por sufragio de toda la congregación un nuevo presidente entre los presbíteros, y cada miembro de la misma se suponía investido con un carácter sagrado y sacerdotal.

Así era la benigna y equitativa constitución por la que los cristianos se gobernaban más de cien años después de la muerte de los apóstoles. Cada sociedad formaba dentro de sí misma una república separada e independiente y, aunque los más alejados a esos pequeños estados mantenían un

intercambio mutuo y amistoso de cartas y diputaciones, el mundo cristiano todavía no estaba conectado por una autoridad suprema o asamblea legislativa. Como el número de fieles se fue gradualmente multiplicando, descubrieron las ventajas que podían resultar de una unión más cerrada de sus intereses y designios. Hacia finales del siglo II, las Iglesias de Grecia y Asia adoptaron las instituciones de los sínodos provinciales, y puede suponerse justificadamente que habían tomado el modelo de un concilio representativo basado en los famosos ejemplos de su propio país: las anficionías, la liga aquea o las asambleas de las ciudades jonias. Pronto se estableció como costumbre y como ley que los obispos de las iglesias se reunieran en la capital de la provincia en los períodos establecidos de primavera y otoño. Sus deliberaciones eran asistidas por el consejo de unos pocos presbíteros distinguidos y moderadas por la presencia de un auditorio multitudinario. Sus decretos, que eran denominados cánones, regulaban toda controversia importante de fe y disciplina. Se creía que una efusión generosa del Espíritu Santo sería derramada sobre la asamblea unida de los delegados del pueblo cristiano. La institución de sínodos satisfizo la ambición privada y el interés público, que en el espacio de unos pocos años se aceptó en todo el imperio. Se estableció una correspondencia regular entre los concilios provinciales, que se comunicaban entre ellos y aprobaban sus procedimientos respectivos; la Iglesia católica pronto asumió la forma y adquirió la fuerza de una gran república federativa.

Como la autoridad legislativa de las Iglesias se fue sometiendo debido a la utilización de los concilios, los obispos consiguieron mediante una alianza entre ellas una mayor parte de poder ejecutivo y arbitrario y, una vez que se unieron por un interés común, fueron capaces de atacar con vigor los derechos originales de su clero y del pueblo. Los prelados del siglo III cambiaron imperceptiblemente el lenguaje de la exhortación por el de la exigencia, esparcieron las semillas de usurpaciones futuras y suplieron sus deficiencias de fuerza y razón con alegorías bíblicas y retórica declamatoria. Elevaron la unidad y el poder de la Iglesia, pues estaba representada en el cargo episcopal, del que cada obispo disfrutaba una parte igual e indivisible. Se repetía a menudo que los príncipes y magistrados podían alardear de un derecho terrenal gracias a un dominio transitorio; era la autoridad episcopal sola la que procedía de la divinidad y se extendía sobre los dos mundos. Los obispos eran los representantes de Cristo, los sucesores de los apóstoles y los sustitutos místicos del sumo sacerdote de la ley mosaica. Su exclusivo privilegio de otorgar el carácter sacerdotal invadía la libertad de las elecciones clericales y populares y, si en el gobierno de la Iglesia consultaban la opinión de los presbíteros o la intención del pueblo, se atribuían cuidadosamente el mérito de una condescendencia voluntaria. Los obispos reconocían la autoridad suprema que residía en la asamblea de sus hermanos, pero en el gobierno de su diócesis cada uno de ellos exigía de su rebaño la misma obediencia absoluta, como si esa metáfora hubiera sido literalmente adecuada y como si el pastor fuera de una naturaleza más elevada que la de sus ovejas. Sin embargo, esta obediencia no fue impuesta sin algunos esfuerzos por un lado y alguna resistencia por otro. La parte democrática de la constitución en muchos sitios se mantenía con mucho entusiasmo gracias a la oposición celosa e interesada de la clerecía inferior. Pero su patriotismo recibía los epítetos ignominiosos de facción y cisma, y la causa episcopal debía sus rápidos progresos a la labor de muchos prelados activos, que, como Cipriano de Cartago, podían reconciliar las arterias del más ambicioso estadista con las virtudes cristianas que parecen adecuadas al carácter de un santo y mártir.

Las mismas causas que habían destruido al principio la igualdad de los presbíteros introdujeron entre los obispos una preeminencia de jerarquía y desde entonces una superioridad de jurisdicción. Cada vez que en primavera y otoño se reunían en el sínodo provincial, la diferencia de mérito y reputación personal era sentida notablemente entre los miembros de la asamblea y la multitud era gobernada por la sabiduría y elocuencia de unos pocos. Pero el orden de los procedimientos públicos exigía una distinción más regular y menos envidiosa; el cargo de presidentes perpetuos en los concilios de cada provincia se confería a los obispos de la ciudad principal, y estos prelados ambiciosos, que adquirieron pronto los títulos elevados de metropolitanos y primados, se dispusieron secretamente a usurpar de sus hermanos episcopales la misma autoridad que los obispos habían asumido tan recientemente sobre el colegio de los presbíteros. No pasó mucho tiempo sin que una rivalidad por la preeminencia y el poder prevaleciera entre los metropolitanos mismos, incidiendo cada uno de ellos en mostrar en los términos más pomposos los honores temporales y las ventajas de la ciudad que presidían: el número y la riqueza de los cristianos que estaban sometidos a su cuidado pastoral, los santos y los mártires que habían surgido entre ellos y la pureza con que conservaban la tradición de la fe tal como había sido transmitida a través de una serie de obispos ortodoxos, desde el apóstol o discípulo apostólico que fue adscrito en la fundación de su iglesia. Para toda causa de naturaleza civil o eclesiástica era fácil prever que Roma debía disfrutar del respeto y reclamaría pronto la obediencia de las provincias. La sociedad de los fieles mantenía una justa proporción en la capital del imperio; la Iglesia romana era la más grande, la más numerosa y, con relación a Occidente, la más antigua de todos los establecimientos cristianos, muchos de los cuales habían recibido su religión de los esfuerzos piadosos de sus misioneros. En vez de un fundador apostólico, máxima vanagloria de Antioquía, Éfeso o Corinto, las orillas del Tíber se suponía habían sido honradas con la predicación y el martirio de los dos apóstoles más eminentes, y los obispos de Roma reclamaron la herencia de cualesquiera prerrogativas que fueran atribuidas a la persona y al cargo de san Pedro. Los obispos de Italia y de las provincias estaban dispuestos a permitirles una primacía de orden y asociación (tal era su precisa expresión) en la aristocracia cristiana. Pero el poder de un monarca fue rechazado con aversión y el genio ambicioso de

Roma experimentó de las naciones de Asia y África una resistencia más enérgica a su dominio espiritual que el que ella había realizado anteriormente con su dominio temporal. El patriota Cipriano, que gobernaba la Iglesia de Cartago y los sínodos provinciales con el dominio más absoluto, se opuso con resolución y éxito a la ambición del pontífice romano, conectó ingeniosamente su propia causa con la de los obispos de Oriente y, como Aníbal, buscó nuevos aliados en el corazón de Asia. Si esta guerra púnica se llevó a cabo sin efusión de sangre, fue debido menos a la moderación que a la debilidad de los prelados contendientes. Invectivas y excomuniones eran sus únicas armas y éstas, durante el desarrollo de la controversia, las lanzaban uno contra el otro con igual furia y devoción. La dura necesidad de censurar a un papa o a un santo y mártir aflige a los católicos modernos cada vez que se les obliga a relatar las particularidades de una disputa en que los campeones de la religión cedían a pasiones que parecen más propias del senado o del campamento.

El progreso de la autoridad eclesiástica dio nacimiento a la famosa distinción entre el laicado y el clero, que había sido desconocida por los griegos y romanos. La primera de estas denominaciones comprendía el cuerpo del pueblo cristiano; la segunda, conforme a la significación de la palabra, se adecuaba a la parte escogida que había sido colocada aparte para el servicio de la religión, categoría famosa de hombres que ha aportado los temas más importantes, aunque no siempre los más edificantes, a la historia moderna. Sus mutuas hostilidades algunas veces trastornaron la paz de la naciente Iglesia, pero su celo y actividad se unieron en la causa común y el amor por el poder, que (bajo los más ingeniosos disfraces) podía insinuarse en los pechos de los obispos y los mártires, los animó a incrementar el número de sus súbditos y ampliar los límites del imperio cristiano. Estaban desprovistos de poder temporal y durante mucho tiempo fueron desalentados y oprimidos, más que apoyados, por el magistrado civil, pero adquirieron y emplearon dentro de su propia sociedad los dos instrumentos más eficaces de gobierno: los premios y los castigos; los primeros, derivados de la generosidad piadosa de los fieles, los segundos, de los recelos devotos de los mismos.

La comunidad de bienes, que había entretenido tan gratamente la imaginación de Platón y que subsistió en cierto modo entre la secta austera de los esenios, fue adoptada durante un breve espacio de tiempo en la Iglesia primitiva. El fervor de los primeros prosélitos los incitaba a vender aquellas posesiones terrenales que despreciaban, colocar el precio de las mismas a los pies de los apóstoles y contentarse con recibir una parte equitativa de la distribución general. El progreso de la religión cristiana relajó y abolió gradualmente esta institución que, en manos menos puras que las de los apóstoles, habría sido pronto corrompida y abusada por el egoísmo torcido de la naturaleza humana; los convertidos que abrazaban la nueva religión estaban autorizados a retener la posesión de su patrimonio, recibir legados y herencias e incrementar su propiedad particular por cualquier medio legal de comercio e industria. En lugar de un sacrificio absoluto, los ministros del Evangelio aceptaron una parte, y en sus asambleas semanales o mensuales todo creyente, conforme con la exigencia de la ocasión y la medida de su riqueza y piedad, presentaba su ofrenda voluntaria en beneficio del fondo común. Nada, aunque fuera insignificante, se rechazaba, pero se inculcaba diligentemente que, en la cuestión de diezmos, la ley mosaica era todavía de obligación divina y, puesto que a los judíos, bajo una disciplina menos perfecta, se les había ordenado que pagaran una décima parte de todo lo que poseían, favorecería a los discípulos de Cristo distinguirse con un grado superior de generosidad y adquirir algún mérito por la entrega de un tesoro superfluo que pronto sería aniquilado con el mundo mismo. No es necesario observar que la renta de cada iglesia, que era de naturaleza tan incierta y fluctuante, podía haber variado con la pobreza o la opulencia de los fieles, pues estaban dispersos en distintas villas o concentrados en las grandes ciudades del imperio. En el tiempo del emperador Decio, se comentaba entre los magistrados que los cristianos de Roma poseían riquezas muy considerables, que las vajillas de oro y plata se usaban en su culto religioso y que muchos de sus prosélitos habían vendido sus tierras y sus casas para incrementar las riquezas públicas de la secta, a costa de sus desventurados hijos, que se convertían en mendigos porque sus padres habían sido santos. Escucharíamos con desconfianza las sospechas de extraños y enemigos; sin embargo, en esta ocasión recibieron un matiz muy aparente y probable por las dos circunstancias siguientes, las únicas que han llegado a nuestro conocimiento que definen unas sumas precisas y expresan unas ideas distintas. Casi en el mismo período, el obispo de Cartago, una sociedad menos opulenta que la de Roma, recogió cien mil sestercios (cerca de ochocientas cincuenta libras esterlinas), en un llamamiento repentino de caridad para redimir a los hermanos de Numidia, que habían sido llevados cautivos por los bárbaros del desierto. Alrededor de cien años antes del reinado de Decio, la Iglesia romana había recibido, en una donación singular, la suma de doscientos mil sestercios de un desconocido del Ponto, que proponía fijar su residencia en la capital. Estas ofrendas en su mayor parte se hacían con dinero; la sociedad de los cristianos no quería ni era capaz de contraer, hasta cierto punto, un gravamen sobre la propiedad territorial. Se dispuso mediante varias leyes, que fueron promulgadas con el mismo objetivo que nuestras disposiciones sobre manos muertas, que ninguna finca fuera donada o cedida a un gremio corporativo sin un privilegio especial o una dispensa particular del emperador o del senado, los cuales rara vez estuvieron dispuestos a cederlas a favor de una secta, pues al principio fueron objeto de su desprecio y al final de sus recelos y envidia. Sin embargo, se describe una transacción bajo el reinado de Alejandro Severo, que descubre que la restricción fue algunas veces eludida o suspendida y que se permitía a los cristianos reclamar y poseer tierras dentro de los límites de la misma Roma. El progreso del

cristianismo y la confusión civil del imperio contribuyeron a relajar la severidad de las leyes y, antes de finalizar el siglo III, se otorgaron muchas fincas considerables a las iglesias opulentas de Roma, Milán, Cartago, Antioquía, Alejandría y otras grandes ciudades de Italia y de las provincias.

El obispo era el administrador natural de la Iglesia; el caudal público era confiado a su cuidado sin justificación ni control. Los presbíteros se limitaban a sus funciones espirituales y los diáconos, la jerarquía más dependiente, solamente se dedicaban a la gestión y distribución de las rentas eclesiásticas. Si podemos dar crédito a las vehementes declamaciones de Cipriano, había muchos de entre sus hermanos africanos que, en el desempeño de su cargo, violaban todo precepto no solamente de perfección evangélica, sino incluso de virtud moral. Por algunos de estos infieles administradores, los ricos de la Iglesia eran pródigos en placeres sensuales; por otros, eran pervertidos por los deseos de ganancias privadas, de compras fraudulentas y de usuras rapaces. Pero, mientras que las contribuciones del pueblo cristiano eran libres y espontáneas, el abuso de su confianza no podía ser muy frecuente y los usos generales a los que se aplicaba su generosidad reflejaban honradez en la sociedad religiosa. Una parte decente se reservaba para el mantenimiento del obispo y su clero. Una suma suficiente se asignaba para los gastos del culto público, de los que los banquetes de amistad, los ágapes, como eran denominados, constituían una parte muy agradable. El resto era patrimonio sagrado del pobre. Según el buen criterio del obispo, se distribuía para mantener viudas y huérfanos, incapacitados, enfermos y ancianos de la comunidad, para consolar a extranjeros y peregrinos y para aliviar las desgracias de prisioneros y cautivos, especialmente cuando sus sufrimientos habían sido ocasionados por su firme adhesión a la causa de la religión. Una generosa corriente de caridad unía las provincias más distantes, y las congregaciones más pequeñas eran gratamente asistidas con las limosnas de sus hermanos más opulentos. Tal institución, que hacía menos caso al mérito que a la aflicción del paciente, condujo materialmente al progreso del cristianismo. Los paganos, impulsados por un sentido de humanidad mientras se burlaban de las doctrinas, reconocían la benevolencia de la nueva secta. La perspectiva de una ayuda inmediata y una protección futura atrajo a su hospitalario seno a muchas de aquellas personas infelices que la negligencia del mundo había abandonado a las miserias de la necesidad, la enfermedad y la vejez. Hay alguna razón, además, para creer que gran número de infantes que, de acuerdo con la práctica inhumana de los tiempos, habían sido abandonados por sus padres, eran frecuentemente rescatados de la muerte, bautizados, educados y mantenidos por la piedad de los cristianos y a expensas del tesoro público.

Es derecho indudable de toda sociedad excluir de su comunión y de sus beneficios a los que entre sus miembros rechazan o violan aquellas normas que han sido establecidas por consentimiento general. En el ejercicio de esta potestad, las censuras de la Iglesia cristiana se dirigían principalmente contra los escandalosos pecadores y particularmente contra los que eran culpables de asesinato, fraude y libertinaje, contra los autores o los secuaces de opiniones heréticas que habían sido condenadas por el juicio del orden episcopal y contra aquellas infelices personas que, sea por elección, sea por obligación, se habían corrompido después de su bautismo por algún acto de culto idólatra. Las consecuencias de la excomunión eran de naturaleza temporal y espiritual. El cristiano contra quien se pronunciaba era excluido de cualquier participación en las ofrendas de los fieles. Los lazos de amistad religiosa y privada eran disueltos, se consideraba objeto profano de aborrecimiento por las personas que más estimaba o por quienes más había sido querido afectuosamente y, mientras que la expulsión de una respetable sociedad podía imprimir en su carácter una marca de desgracia, era rehuido o recelado por la generalidad de la humanidad. La situación de estos infelices desterrados era en sí misma muy dolorosa y triste, pero, como sucede normalmente, sus temores excedían a sus sufrimientos. Los beneficios de la comunión cristiana eran los de la vida eterna; no podían borrar de sus mentes la horrible opinión de que la Divinidad había entregado las llaves del infierno y del paraíso a aquellos gobernadores eclesiásticos por quienes eran condenados. Los herejes, que podían estar apoyados por la conciencia de sus intenciones y por la esperanza halagüeña de que sólo ellos habían descubierto el camino verdadero de la salvación, intentaban recuperar, en sus particulares asambleas, aquellos consuelos temporales y espirituales que ya no obtendrían de la gran sociedad de los cristianos. Pero casi todos los que habían cedido de mala gana al poder del vicio o de la idolatría eran conscientes de su dañada condición y deseaban con inquietud ser restablecidos a los beneficios de la comunión cristiana.

Con respecto al tratamiento de estos penitentes, dos opiniones opuestas, una relacionada con la justicia, la otra con la misericordia, dividían la Iglesia primitiva. Los casuistas más rígidos e inflexibles los rechazaban para siempre y sin excepción del lugar más ínfimo en la santa comunidad que habían deshonrado o desertado y, abandonándolos al remordimiento de una conciencia culpable, solamente les concedían un ligero rayo de esperanza de que la contrición de su vida y muerte podía ser aceptada por el Ser Supremo. Una opinión más suave fue admitida, en la teoría y en la práctica, por las Iglesias cristianas más puras y más respetables. Las puertas de la reconciliación y del cielo rara vez se cerraban al penitente arrepentido, pero fue instituida una forma de disciplina severa y solemne que, mientras servía para expiar su crimen, podía disuadir poderosamente a los espectadores de la imitación de su ejemplo. Humillado por una confesión pública, demacrado por el ayuno y vestido con un sayal, el penitente yacía postrado en la puerta de la asamblea, implorando con lágrimas el perdón de sus ofensas y solicitando las plegarias de los fieles. Si la falta era de una naturaleza muy nefanda, una vida completa de penitencia se consideraba insuficiente a la justicia divina y era siempre mediante lentas y

penosas gradaciones que el pecador, el hereje y el apóstata eran readmitidos en el seno de la Iglesia. Sin embargo, se reservaba una sentencia de excomunión perpetua para algunos crímenes de una magnitud extraordinaria y concretamente para las reincidencias inexcusables de aquellos penitentes que ya habían experimentado y abusado la clemencia de sus superiores eclesiásticos. Según las circunstancias o el número de los culpables, el ejercicio de la disciplina cristiana se variaba a discreción de los obispos. Los Concilios de Ancira e Ilíberis se celebraron casi al mismo tiempo, uno en Galacia, el otro en España, pero sus respectivos cánones, que todavía existen, parecen respirar un espíritu muy diferente. El gálata, que después del bautismo había realizado repetidamente sacrificios a los ídolos, podía conseguir su perdón mediante una penitencia de siete años y, si había seducido a otros para imitar su ejemplo, solamente se añadían tres años más al plazo de su destierro. Pero el infeliz español, que había cometido la misma ofensa, era privado de la esperanza de reconciliación incluso en el trance de la muerte, y su idolatría se colocaba a la cabeza de una lista de otros diecisiete delitos, contra los que se pronunciaba una sentencia no menos terrible. Entre éstos podemos distinguir la culpa inextinguible de calumniar a un obispo, a un presbítero o incluso a un diácono.

La mezcla bien templada de generosidad y rigor, el reparto justo de premios y castigos conforme a las máximas de política y de justicia, constituían la fuerza *humana* de la Iglesia. Los obispos, cuyo cuidado paternal se extendía al gobierno de ambos mundos, eran conscientes de la importancia de estas prerrogativas y, cubriendo su ambición con la pretensión del amor al orden, eran celosos de cualquier rival en el ejercicio de una disciplina tan necesaria para impedir la desertión de aquellas tropas que habían enrolado ellos mismos bajo la bandera de la cruz y cuyo número cada día comenzaba a ser más considerable. Basándonos en las declamaciones autoritarias de Cipriano, concluiríamos naturalmente que las doctrinas de la excomunión y la penitencia formaban la parte más esencial de la religión y que era mucho menos peligroso para los discípulos de Cristo abandonar la observancia de los deberes morales que despreciar las censuras y la autoridad de sus obispos. Unas veces podríamos imaginar que estábamos escuchando la voz de Moisés, cuando mandaba abrirse la tierra y tragarse con llamas ardientes a la raza rebelde que rechazaba la obediencia del sacerdocio de Aarón, y otras supondríamos que escuchábamos a un cónsul romano afirmando la majestad de la república y declarando su resolución inflexible de reforzar el rigor de las leyes. «Si tales irregularidades son toleradas con impunidad» (es así como el obispo de Cartago reconviene la indulgencia de su colega), «si tales irregularidades son toleradas, es el final de la fuerza episcopal, el final del poder del propio gobierno sublime y divino de la Iglesia, el final del cristianismo». Cipriano había renunciado a aquellos honores temporales que es probable que nunca hubiera conseguido, pero la adquisición de mando tan absoluto sobre las conciencias y la mente de una congregación, aunque pobre o despreciada por el mundo, es realmente más grata al orgullo del corazón humano que la posesión del poder más despótico impuesto por las armas y la conquista sobre un pueblo reacio.

### **Recapitulación de las cinco causas**

En el curso de esta importante investigación, aunque tal vez tediosa, he intentado mostrar las causas secundarias que tan eficazmente ayudaron a la verdad de la religión cristiana. Si entre estas causas hemos descubierto algunos ornamentos artificiales, algunas circunstancias accidentales o alguna mezcla de error y pasión, no puede sorprender que el género humano quedara afectado por tales motivos apropiados a su imperfecta naturaleza. Fue con la ayuda de estas causas —el celo exclusivo, la expectativa inmediata de otro mundo, la reivindicación de los milagros, la práctica de la virtud rigurosa y la constitución de la Iglesia primitiva— por lo que el cristianismo se extendió con tanto éxito por el Imperio Romano. Los cristianos debieron su invencible valor a la primera de estas causas, que despreciaba capitular con el enemigo al que decidieron dominar. Las tres causas siguientes reforzaron su valor con las más formidables armas. La última de estas causas unió su coraje, dirigió sus armas y dio a sus esfuerzos aquel peso irresistible que incluso una banda pequeña de voluntarios bien entrenados e intrépidos ha poseído tan a menudo sobre una multitud indisciplinada, ignorante del objetivo y descuidada del resultado de la guerra. Entre las diferentes religiones del politeísmo, algunos fanáticos errantes de Egipto y Siria, que las encaminaron a la crédula superstición del populacho, fueron quizá la única jerarquía de sacerdotes que dieron todo apoyo y crédito a su profesión sacerdotal, y estaban profundamente influidos por una preocupación personal por la seguridad y la prosperidad de sus divinidades tutelares. Los ministros del politeísmo, en Roma y en las provincias, eran, en su gran

mayoría, hombres de noble nacimiento y de abundante fortuna que recibieron como distinción honorable el cuidado de un templo célebre o de un sacrificio público, exhibían frecuentemente a expensas suyas los juegos sagrados y con fría indiferencia realizaban los ritos antiguos conforme a las leyes y a la moda de su país. Como estaban comprometidos con las ocupaciones ordinarias de la vida, su celo y devoción rara vez eran animados por un sentido del interés o por los hábitos de un carácter eclesiástico. Confinados en sus templos y ciudades respectivos, se mantenían sin lazos de disciplina ni gobierno y, mientras reconocían la jurisdicción suprema del senado, del colegio de pontífices y del emperador, esos magistrados civiles se contentaban con la fácil tarea de mantener en paz y dignidad el culto general de la humanidad. Ya hemos visto cuán variados, endeble e inciertos eran los sentimientos religiosos de los politeístas. Se abandonaron, casi sin control, a las tareas de una superstición fantástica. Las circunstancias accidentales de su vida y situación determinaron el objeto y el grado de su devoción y, mientras su adoración se prostituía sucesivamente con miles de divinidades, apenas era posible que sus corazones pudieran ser susceptibles de una pasión viva y sincera por alguna de ellas.

### **La debilidad del politeísmo**

Cuando el cristianismo apareció en el mundo, incluso estas débiles e imperfectas improntas habían perdido mucho de su poder original. La razón humana, que por su solo esfuerzo es incapaz de percibir los misterios de la fe, ya había conseguido un triunfo fácil sobre la locura del paganismo y, cuando Tertuliano o Lactancio utilizaron sus esfuerzos en exponer la falsedad y la extravagancia, se vieron obligados a transcribir la elocuencia de Cicerón o la agudeza de Luciano. El contagio de estos escépticos escritos se difundió mucho más allá de sus lectores. La moda por la incredulidad se transmitió desde el filósofo al hombre de placer o de negocios, desde el noble al plebeyo y desde el amo al esclavo doméstico que asistía a su mesa y que escuchaba atentamente su conversación liberal. En las ocasiones públicas, la parte filosófica del género humano fingía tratar con respeto y decoro las instituciones religiosas de su país, pero su secreto desprecio penetraba a través del disfraz fino e incómodo, e incluso el pueblo, cuando descubrió que sus divinidades eran rechazadas y ridiculizadas por aquellos cuya jerarquía y entendimiento estaban acostumbrados a reverenciar, se llenó de dudas y temores relativos a la verdad de aquellas doctrinas a las que habían otorgado la creencia más absoluta. La decadencia del antiguo prejuicio expuso a una gran parte del género humano a la amenaza de una situación penosa y desconsolada. Un estado de escepticismo e incertidumbre puede divertir a unas pocas mentes inquisitivas. Pero la práctica de la supersticiones tan congénita a la multitud que, si se la despierta por la fuerza, lamenta la falta de su visión. Su amor a lo maravilloso y sobrenatural, su curiosidad por los futuros acontecimientos y su fuerte propensión a extender sus esperanzas y temores más allá de los límites del mundo visible fueron las causas principales que favorecieron el establecimiento del politeísmo. Tan importante es para el vulgo la necesidad de creer que la caída de cualquier sistema de mitología será seguida probablemente por la introducción de algún otro modo de superstición. Algunas divinidades de un aspecto más actual y elegante pudieron haber ocupado pronto los templos desiertos de Júpiter y Apolo si, en el momento decisivo, la sabiduría de la Providencia no hubiera interpuesto una genuina revelación adecuada para inspirar la estimación y convicción más racional, mientras, al mismo tiempo, era adornada con todo lo que podía atraer la curiosidad, la admiración y la veneración del pueblo. En su actual disposición, como muchos casi se libraron de sus prejuicios artificiales, pero igualmente susceptibles y deseosos de una adhesión devota, habría sido suficiente un objeto mucho menos despreciable para llenar el vacío de sus corazones y satisfacer la incertidumbre impaciente de sus pasiones. Los que se inclinan a seguir esta reflexión, en lugar de observar con asombro el progreso rápido del cristianismo, tal vez estarán sorprendidos de que su éxito no fuera incluso más rápido y universal.

## Visión histórica del progreso del cristianismo

Se ha observado, con certidumbre y decoro, que las conquistas de Roma prepararon y facilitaron las del cristianismo. En el capítulo segundo de esta obra hemos intentado explicar de qué modo las provincias más civilizadas de Europa, Asia y África se unieron bajo el dominio de un soberano y conectaron gradualmente con los lazos más íntimos de las leyes, de las costumbres y del idioma. Los judíos de Palestina, que habían esperado con cariño un libertador terrenal, dieron un recibimiento tan frío a los milagros del profeta divino que no fue necesario publicar o al menos conservar un evangelio hebreo<sup>[12]</sup>. Las auténticas historias de las actividades de Cristo fueron compuestas en lengua griega, a una distancia considerable de Jerusalén y después de que los gentiles convertidos llegaron a ser extremadamente numerosos. Una vez que esas historias se tradujeron a la lengua latina, fueron completamente inteligibles para todos los súbditos de Roma, excepto para los campesinos de Siria y Egipto, para cuyo particular beneficio se hicieron después varias versiones. Las calzadas públicas, que habían sido construidas para el uso de las legiones, abrieron un tránsito fácil a los misioneros cristianos desde Damasco a Corinto y desde Italia hasta la extremidad de Hispania o Britania; esos conquistadores espirituales no encontraron los obstáculos que normalmente retrasan o impiden la introducción de una religión extranjera en un país lejano. Existe una razón más contundente para creer que antes de los reinados de Diocleciano y Constantino la fe de Cristo ya había sido predicada en todas las provincias y en todas las grandes ciudades del imperio, pero la fundación de las diferentes congregaciones, los números de los fieles que las componían y su proporción con respecto a la multitud de no creyentes están ahora sumergidos en la oscuridad o disfrazados por la ficción o la declamación. Sin embargo, procederemos a relatar, como han llegado a nosotros, tales circunstancias relativas al crecimiento del nombre cristiano en Asia y Grecia, en Egipto, en Italia y en Occidente, sin rechazar las adquisiciones reales o imaginarias que se hicieron más allá de las fronteras del Imperio Romano.

Las provincias ricas que se extienden desde el Éufrates al mar Jónico fueron el escenario principal donde el apóstol de los gentiles desplegó su celo y su piedad. Las semillas del Evangelio, que esparció en suelo fértil, fueron cultivadas diligentemente por sus discípulos, y durante los dos primeros siglos la corporación más importante de los cristianos estuvo contenida dentro de esos límites. Entre las sociedades que fueron instituidas en Siria, ninguna era más antigua o más ilustre que las de Damasco, Berea o Alepo y Antioquía. La introducción profética del Apocalipsis ha descrito e inmortalizado las siete Iglesias de Asia —Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Laodicea y Filadelfia—, y sus colonias pronto se extendieron sobre esa populosa nación. En una época muy antigua, las islas de Chipre y Creta, las provincias de Tracia y Macedonia dieron un cálido recibimiento a la nueva religión y las repúblicas cristianas pronto se fundaron en las ciudades de Corinto, Esparta y Atenas. La antigüedad de las Iglesias griegas y asiáticas permitió un período suficiente de tiempo para su crecimiento y multiplicación, e incluso los enjambres de gnósticos y otros herejes sirven para mostrar la floreciente situación de la Iglesia ortodoxa, pues la denominación de herejes ha sido siempre aplicada al partido menos numeroso. A estos testimonios podemos añadir la confesión, las quejas y los temores de los mismos gentiles. A partir de los escritos de Luciano, filósofo que había estudiado el género humano y que describe sus costumbres con mucho detenimiento, podemos aprender que bajo el reinado de Cómodo su país nativo del Ponto estaba lleno de epicúreos y cristianos. Dentro de los ochenta años posteriores a la muerte de Cristo, el humano Plinio lamenta la magnitud del mal que intentó vanamente erradicar. En su curiosa epístola al emperador Trajano afirma que los templos estaban casi desiertos, que las víctimas sagradas apenas encontraban compradores y que la superstición no solamente había infectado las ciudades, sino que se había extendido incluso a las villas y al campo abierto de Ponto y Bitinia.

## Progreso del cristianismo en Oriente

Sin descender a un escrutinio minucioso de las expresiones o de los motivos de aquellos escritores que alababan o lamentaban el progreso del cristianismo en Oriente, puede observarse que ninguno de ellos en general nos ha dejado algún fundamento por el que nos podamos formar una justa estimación del número real de fieles en aquellas provincias. Sin embargo, afortunadamente se ha conservado una circunstancia que parece arrojar una luz muy distinta en esta materia oscura aunque interesante. Bajo el reinado de Teodosio, después de que el cristianismo hubiera disfrutado durante más de sesenta años

de la alegría del favor imperial, la Iglesia antigua e ilustre de Antioquía se componía de cien mil personas, de las que tres mil eran mantenidas con las ofrendas públicas. El esplendor y la dignidad de la reina de Oriente, la reconocida densidad de población de Cesarea, Seleucia y Alejandría, y la destrucción de doscientas cincuenta mil almas en el terremoto que afligió Antioquía bajo Justino el Viejo son pruebas demasiado convincentes de que el número total de sus habitantes no era menor de medio millón y que los cristianos, aunque multiplicados por el celo y el poder, no excedían de una quinta parte de esa gran ciudad. ¡Qué diferente proporción tenemos que adoptar cuando comparamos la Iglesia perseguida con la triunfante, Occidente con Oriente, las villas remotas con las ciudades populosas y los países recientemente convertidos a la fe con el lugar donde los primeros creyentes recibieron la denominación de cristianos! Sin embargo, no debemos ocultar que, en otro pasaje. Crisóstomo, con quien estamos en deuda por su útil información, calcula la multitud de los fieles como superior incluso a la de los judíos y paganos. Pero la solución de esta aparente dificultad es fácil y obvia. El elocuente predicador traza un paralelismo entre la constitución civil y la eclesiástica de Antioquía, entre la lista de cristianos que han adquirido el cielo por el bautismo y la lista de ciudadanos que tenían derecho al reparto de las liberalidades públicas. Los esclavos, los extranjeros y los niños estaban incluidos en la primera y excluidos en la segunda.

El extenso comercio de Alejandría y su proximidad a Palestina propiciaron una entrada fácil a la nueva religión. Al principio fue abrazada por gran número de terapeutas o esenios del lago Mareotis, secta judía que había reducido mucho su reverencia por las ceremonias mosaicas. La vida austera de los esenios, sus ayunos y excomuniones, la comunidad de bienes, el amor al celibato, su celo por el martirio y el calor de su fe, aunque no la pureza, ya ofrecían una imagen muy viva de la disciplina primitiva. Fue en la escuela de Alejandría donde la teología cristiana parece haber asumido una forma regular y científica y, cuando Adriano visitó Egipto, encontró una Iglesia compuesta de judíos y de griegos, suficientemente importante como para llamar la atención de ese príncipe inquisitivo. Pero el avance del cristianismo fue durante mucho tiempo confinado dentro de los límites de una sola ciudad, que era ella misma una colonia extranjera, y hasta el final del siglo II los predecesores de Demetrio fueron los únicos preladados de la Iglesia egipcia. Tres obispos fueron consagrados por las manos de Demetrio y el número se incrementó a veinte por su sucesor Heraclas. El conjunto de los nativos, un pueblo distinguido por un temperamento inflexible y hosco, recibió la nueva doctrina con frialdad y reluctancia, e incluso en tiempos de Orígenes era raro encontrarse con algún egipcio que hubiera superado sus primitivos prejuicios a favor de los animales sagrados de su país. Realmente, una vez que el cristianismo se entronizó, el celo de esos bárbaros obedeció al impulso dominante; las ciudades de Egipto se llenaron de obispos y los desiertos de la Tebaida hirvieron de ermitaños.

## **Progreso del cristianismo en Roma**

La continua corriente de extranjeros y provincianos fluyó por el amplio seno de Roma. Cualquier cosa que fuera extraña u odiosa, quienquiera que fuese culpable o sospechoso podía esperar, en la oscuridad de esa inmensa capital, eludir la vigilancia de la ley. En semejante confluencia de varias naciones, todo maestro de la verdad o de la falsedad, todo fundador de una asociación virtuosa o criminal podía fácilmente multiplicar sus discípulos o cómplices. Los cristianos de Roma, en la época de la persecución de Nerón, son descritos por Tácito como equivalentes a una gran multitud, y el lenguaje de ese gran historiador es casi similar al estilo empleado por Livio cuando relata la introducción y la supresión de los ritos de Baco. Después de que las bacanales hubieran despertado la severidad del senado, se temía del mismo modo que una gran multitud, pues era otro pueblo, hubiera sido iniciada en esos abominables misterios. Una investigación más cuidadosa pronto demostró que los delincuentes no excedían de siete mil, número realmente alarmante si se consideraba como asunto de la justicia pública. Es con la misma concesión sincera con la que deberíamos interpretar las expresiones vagas de Tácito y en el ejemplo anterior de Plinio cuando exageran las multitudes de fanáticos ilusos que habían abandonado el culto establecido de los dioses. La Iglesia de Roma era indudablemente la primera y la más populosa del imperio, y estamos en posesión de un registro auténtico que confirma el estado de la religión en esa ciudad alrededor de la mitad del siglo III, después de una paz de treinta y ocho años. El clero, en aquel tiempo, se componía de un obispo, cuarenta y seis presbíteros, siete diáconos, otros tantos subdiáconos, cuarenta y dos acólitos y cincuenta lectores, exorcistas y porteros. El número de viudas, enfermos y pobres que eran mantenidos por las ofrendas de los fieles ascendía a mil quinientos.

Por comparación y analogía con Antioquía podemos estimar el número de cristianos de Roma en unos cincuenta mil. El número de habitantes de esa gran capital tal vez no puede ser calculado con exactitud, pero el cómputo más modesto no lo reducirá seguramente por debajo del millón de habitantes, de los cuales los cristianos podían constituir como mucho la vigésima parte.

### **Progreso del cristianismo en Occidente**

Los provincianos occidentales parecían haber obtenido el conocimiento del cristianismo de la misma fuente que había difundido entre ellos el lenguaje, las ideas y las costumbres de Roma. Con esta circunstancia importante, África y la Galia se adaptaron gradualmente a imitación de la capital. Pero, a pesar de las muchas ocasiones favorables que podían invitar a los misioneros romanos a visitar las provincias latinas, transcurrió tiempo hasta que pasaron el mar y los Alpes; no encontramos en esos grandes países indicios seguros de fe o de persecución que fueran anteriores al reinado de los Antoninos. El lento progreso del Evangelio en el clima frío de la Galia fue extremadamente diferente del anhelo con que parece haber sido recibido en las arenas abrasadoras de África. Los cristianos africanos pronto llegaron a ser uno de los miembros principales de la Iglesia primitiva. La práctica introdujo en esa provincia la posibilidad de nombrar obispos para las poblaciones más insignificantes y con frecuencia para las villas más oscuras, contribuyendo a multiplicar el esplendor y la importancia de las sociedades religiosas, que durante el transcurso del siglo III fueron animadas por el celo de Tertuliano, dirigidas por la capacidad de Cipriano y adornadas por la elocuencia de Lactancio. Pero, si, por el contrario, volvemos los ojos a la Galia, tenemos que contentarnos con descubrir en la época de Marco Antonino las débiles y unidas congregaciones de Lyon y Vienne, e incluso todavía en el reinado de Decio estamos seguros de que en unas pocas ciudades solamente —Arlés, Narbona, Toulouse, Limoges, Clermont, Tours y París— se mantuvieron algunas iglesias dispersas gracias a la devoción de un pequeño número de cristianos. El silencio es, de hecho, muy consecuente con la devoción, pero, como rara vez es compatible con el celo, podemos darnos cuenta y lamentar el lánguido estado del cristianismo en esas provincias que habían cambiado la lengua celta por el latín, pues, durante los tres primeros siglos, no dieron nacimiento a un solo escritor eclesiástico. Desde la Galia, que reclamó una preeminencia en la instrucción y la autoridad sobre todos los países a este lado de los Alpes, la luz del Evangelio fue reflejada débilmente en las provincias remotas de Hispania y Britania y, si podemos dar crédito a las vehementes afirmaciones de Tertuliano, ya habían recibido los primeros rayos de la fe cuando dirigió su apología a los magistrados del emperador Severo. Pero el origen confuso e irregular de las iglesias occidentales de Europa ha sido tan negligentemente registrado que, si relacionáramos el tiempo y el modo de su fundación, tendríamos que suplir el silencio de la Antigüedad con aquellas leyendas que la avaricia o la superstición mucho tiempo después dictó a los monjes en la penumbra perezosa de sus conventos. De aquellos romances sagrados, sólo el del apóstol Santiago, por su singular extravagancia, puede merecer ser mencionado. De pescador pacífico del lago de Gennesareth pasó a valeroso caballero que cargó al frente de la caballería española en sus batallas contra los moros. Los historiadores más graves han celebrado sus hazañas, el sepulcro milagroso de Compostela muestra su poder y la espada de una orden militar, respaldada con los terrores de la Inquisición, fue suficiente para disipar toda objeción de crítica profana.

### **Progreso del cristianismo más allá de los límites del Imperio Romano**

El progreso del cristianismo no se limitó al Imperio Romano y, según los padres primitivos que interpretan los hechos a través de las profecías, la nueva religión, un siglo después de la muerte de su

autor divino, ya había visitado todas las partes del globo. «No hay pueblo», dice Justino Mártir, «sea griego o bárbaro o de otra raza de hombres, de cualquier nombre o costumbre que pueda ser distinguido, aunque ignorante de las artes o la agricultura, que habite bajo tiendas o sea errante en carruajes cubiertos en el que no sean ofrecidas oraciones en el nombre de Jesús crucificado al Padre y Creador de todas las cosas». Pero esta espléndida exageración, que incluso hoy sería extremadamente difícil de reconciliar con el estado real del género humano, puede ser considerada solamente una ocurrencia impetuosa de un escritor devoto aunque descuidado, cuya medida de su creencia se regulaba por la de sus deseos. Pero ni la creencia ni los deseos de los padres pueden alterar la verdad de la historia. Quedará todavía el hecho innegable de que los bárbaros de Escitia y Germania, que después derribaron la monarquía romana, estaban envueltos en la oscuridad del paganismo y que incluso la conversión de Iberia, Armenia o Etiopía no tuvo éxito hasta que el cetro estuvo en manos de un emperador ortodoxo. Antes de aquel tiempo, los diferentes accidentes de la guerra y el comercio pudieron, de hecho, difundir un conocimiento imperfecto del Evangelio entre las tribus de Caledonia y entre los fronterizos del Rin, el Danubio y el Éufrates. Más allá de los ríos mencionados, Edesa se distinguió por una adhesión firme y temprana a la fe. Desde Edesa, los principios del cristianismo fueron fácilmente introducidos en las ciudades griegas y sirias que obedecían a los sucesores de Artajerjes, pero no parecen haber causado una profunda impresión en los ánimos de los persas, cuyo sistema religioso, con el afán de una orden disciplinada de sacerdotes, había sido construido con mucha mayor arte y solidez que la mitología incierta de Grecia y Roma.

### **Proporción general de cristianos y paganos**

Desde este examen imparcial, aunque incompleto, del progreso del cristianismo, puede parecer probable que el número de prosélitos haya sido excesivamente magnificado por temor y por devoción. Según el testimonio irreprochable de Orígenes, la proporción de fieles era muy insignificante si se compara con la multitud de un mundo incrédulo, pero, como carecemos de información concreta, es imposible calcular e incluso conjeturar el número real de los primitivos cristianos. Sin embargo, el cálculo más acertado que podemos deducir de los ejemplos de Antioquía y de Roma no nos permitirá creer que más de la vigésima parte de los súbditos del imperio se había enrolado bajo la bandera de la cruz antes de la conversión importante de Constantino. Pero sus hábitos de fe, de celo y de unión parecían multiplicar su número, y las mismas causas que contribuyeron a su incremento futuro sirvieron para hacer su fuerza actual más aparente y formidable.

### **Pobreza e ignorancia de los cristianos**

Tal es la constitución de la sociedad civil que, mientras unas pocas personas son distinguidas con riquezas, honores y conocimiento, la masa del pueblo es condenada a la oscuridad, la ignorancia y la pobreza. La religión cristiana, que se dirigía a toda la raza humana, pudo consecuentemente reunir un número mayor de prosélitos de los niveles más bajos de la sociedad que de los superiores. Esta inocente y natural circunstancia ha sido agrandada con una imputación odiosa, que parece ser menos rechazada por los apologistas que admitida por los adversarios de la fe: que la nueva secta de cristianos estaba casi enteramente compuesta por la escoria de la sociedad, el populacho, campesinos y menestrales, niños y mujeres, mendigos y esclavos, y a través de estos últimos los misioneros podían algunas veces introducirse en las ricas y nobles familias a las que pertenecían. Estos maestros oscuros (tal era el cargo de malicia e infidelidad) eran tan mudos en público como locuaces y dogmáticos en privado. Mientras evitaban cautelosamente el encuentro con los filósofos, se mezclaban con la multitud ruda y

analfabeta y se insinuaban a aquellas mentes cuya edad, sexo y educación estaban mejor dispuestas para impresionarse con terrores supersticiosos.

Este cuadro desfavorable, aunque no desprovisto de un ligero parecido, manifiesta, por su oscuro colorido y rasgos distorsionados, el lápiz de un enemigo. Como la fe humilde de Cristo se difundió a través del mundo, fue abrazada por varias personas que sacaron provecho de ella. Aristides, que presentó una apología elocuente al emperador Adriano, era un filósofo ateniense. Justino Mártir había buscado el conocimiento divino en las escuelas de Zenón, Aristóteles, Pitágoras y Platón antes de que afortunadamente se le acercara el anciano o más bien el ángel, centrando desde entonces su atención en el estudio de los profetas judíos. Clemente de Alejandría había adquirido una cultura muy diversa en lengua griega y Tertuliano en la latina. Julio Africano y Orígenes poseían una parte muy importante de la erudición de su tiempo y, aunque el estilo de Cipriano es muy diferente al de Lactancio, descubrimos que ambos escritores habían sido profesores públicos de retórica. Incluso el estudio de la filosofía fue finalmente introducido entre los cristianos, pero no siempre produjo los efectos más saludables; el saber era más a menudo padre de la herejía que de la devoción y la descripción que fue diseñada para los seguidores de Artemón puede, con igual propiedad, aplicarse a las diferentes sectas que se opusieron a los sucesores de los apóstoles. «Presumen de alterar las Sagradas Escrituras, de abandonar la antigua regla de la fe y de formar sus opiniones conforme a los preceptos sutiles de la lógica. La ciencia de la Iglesia es abandonada por el estudio de la geometría y pierden de vista el cielo mientras se emplean en medir la Tierra. Euclides está continuamente en sus manos. Aristóteles y Teofrasto son los objetos de su admiración y expresan una reverencia extraordinaria por las obras de Galeno. Sus errores son extraídos de los abusos de las artes y de las ciencias de los infieles y corrompen la simplicidad del Evangelio con los refinamientos de la razón humana». No puede afirmarse con certeza que las ventajas de nacimiento y fortuna estuvieran siempre separadas de la profesión del cristianismo. Varios ciudadanos romanos fueron llevados ante el tribunal de Plinio y pronto se descubrió que en Bitinia un gran número de personas de toda clase social había desertado de la religión de sus antepasados. Su testimonio puede, en este caso, merecer más crédito que el audaz desafío de Tertuliano, cuando se dirige a los recelos y la humanidad del procónsul de África, asegurándole que si persiste en sus crueles intenciones puede diezmar Cartago y que encontrará entre los culpables a muchas personas de su propia clase, senadores y matronas de la extracción más noble y los amigos o parientes de sus más íntimos amigos. Sin embargo, parece que unos cuarenta años después el emperador Valeriano estaba convencido de la verdad de esta afirmación, pues en uno de sus rescriptos supone que senadores, caballeros romanos y damas de calidad estaban comprometidos con la secta cristiana. La Iglesia siguió todavía aumentando su esplendor externo mientras perdía pureza interna y, en el reinado de Diocleciano, el palacio, los tribunales de justicia e incluso el ejército encubrían una multitud de cristianos que intentaba reconciliar los intereses de la vida presente con los de la vida futura.

Y, sin embargo, estas excepciones son o demasiado pocas o demasiado recientes como para eliminar completamente la imputación de ignorancia y oscuridad que se ha atribuido tan arrogantemente a los primeros prosélitos del cristianismo. En lugar de emplear en nuestra defensa las ficciones de épocas posteriores, será más prudente convertir la ocasión de escándalo en materia de enseñanza. Nuestros pensamientos nos sugerirán que los mismos apóstoles fueron escogidos por la Providencia entre los pescadores de Galilea y que, cuanto más reduzcamos la condición terrenal de los primitivos cristianos, más razón encontraremos para admirar su mérito y éxito. Nos incumbe recordar que el reino de los cielos fue prometido a los pobres de espíritu y que los ánimos afligidos por la calamidad y el desprecio del género humano escuchan alegres la divina promesa de felicidad futura, mientras, por el contrario, los afortunados se sienten satisfechos con la posesión de este mundo y los sabios abusan en dudas y disputas de la razón y conocimiento superiores.

## **Rechazo del cristianismo por algunos hombres eminentes de los siglos I y II**

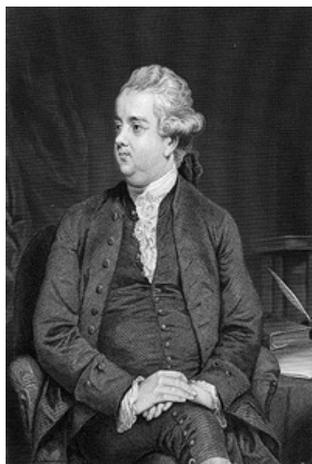
Mantenemos la necesidad de tales reflexiones para consolarnos por la pérdida de algunos personajes ilustres, los cuales a nuestros ojos parecieron los más dignos del premio celestial. Los nombres de Séneca, Plinio el Viejo y el Joven, Tácito, Plutarco, Galeno, el esclavo Epicteto y el emperador Marco Antonino adornan la época en que florecieron y enaltecen la dignidad de la naturaleza humana. Llenaron con gloria sus respectivos puestos, tanto en la vida activa como la contemplativa. Su excelente comprensión fue mejorada por el estudio. La filosofía había limpiado sus mentes de los prejuicios de la

superstición popular y sus días fueron dedicados a la búsqueda de la verdad y a la práctica de la virtud. Pero todos estos sabios (no es menos objeto de sorpresa que de inquietud) dejaron pasar o rechazaron la perfección del sistema cristiano. Su lenguaje o su silencio igualmente descubren su desprecio por la secta creciente que en su tiempo se había extendido por el Imperio Romano. Los que condescendieron en mencionar a los cristianos los consideraron solamente como entusiastas obstinados y perversos que exigían una sumisión absoluta a sus doctrinas misteriosas, sin ser capaces de alegar un solo argumento que pudiera reclamar la atención de hombres sensatos y cultos.

No se sabe con certeza si alguno de estos filósofos examinó las apologías que los primitivos cristianos publicaron repetidamente en su nombre y en el de su religión, pero es lamentable que tal causa no fuera defendida por los abogados más capaces. Exponen con sabiduría y elocuencia nimias la extravagancia del politeísmo. Despiertan nuestra compasión al mostrar la inocencia y los sufrimientos de sus hermanos ofendidos. Pero, cuando querían demostrar el origen divino del cristianismo, insistieron mucho más firmemente en las predicciones que anunciaron que en los milagros que acompañaron la aparición del Mesías. Su argumento favorito podía servir para edificar al cristiano o para convertir al judío, pues el uno y el otro reconocen la autoridad de aquellas profecías y están obligados con devota reverencia a investigar su sentido y su cumplimiento. Pero este modo de persuasión pierde mucho de su peso e influencia cuando se dirige a los que ni entienden ni respetan la ley mosaica y el estilo profético. En las manos inexpertas de Justino y en la de los sucesivos apologistas, el significado sublime de los oráculos hebreos se evapora en distintos tipos, conceptos afectados y alegorías frías e incluso su autenticidad se hacía sospechosa para un gentil ignorante con la mezcla de falsificaciones piadosas, que bajo los nombres de Orfeo, Hermes y las Sibilas se le imponían como de igual valor que las inspiraciones genuinas del cielo. La adopción del fraude y la sofistería en la defensa de la Revelación nos recuerda demasiado a menudo la conducta imprudente de aquellos poetas que cargaban a sus héroes invulnerables con el peso inútil de la incómoda y frágil armadura.

### **Silencio general respecto a las tinieblas de la Pasión**

Pero ¿cómo excusaremos la supina dejadez de los paganos y del mundo filosófico por aquellos testimonios que de la mano del Omnipotente se presentaron no a su razón, sino a sus sentidos? Durante la época de Cristo, la doctrina que predicaron sus apóstoles y sus primeros discípulos fue confirmada con innumerables prodigios. El cojo caminó, el ciego vio, el enfermo fue curado, el muerto resucitado, los demonios expulsados y las leyes de la naturaleza se suspendieron frecuentemente en beneficio de la Iglesia. Pero los sabios de Grecia y Roma dieron la espalda al tremendo espectáculo y, continuando sus ocupaciones ordinarias, parecieron ajenos a cualquier alteración en el gobierno físico y moral del mundo. Bajo el reinado de Tiberio, toda la tierra, o al menos una provincia famosa del Imperio Romano, fue envuelta en unas tinieblas sobrenaturales de tres horas. Incluso este milagroso acontecimiento, que debería haber excitado la admiración, la curiosidad y la devoción de la humanidad, pasó desapercibido en una época de ciencia e historia. Sucedió durante la vida de Séneca y de Plinio el Viejo, que tuvieron que haber experimentado los efectos inmediatos o haber recibido la primera noticia del prodigio. Cada uno de estos filósofos, en una obra laboriosa, ha registrado todos los grandes fenómenos de la naturaleza, terremotos, meteoros, cometas y eclipses, que su infatigable curiosidad podía reunir. Uno y otro han omitido mencionar el fenómeno más grandioso del que el ojo mortal ha sido testigo desde la creación del globo. Plinio dedica un capítulo aparte para los eclipses de naturaleza extraordinaria y de inusual duración, pero se contenta con describir el defecto singular de luz que siguió al asesinato de César, cuando, durante la mayor parte de un año, la órbita del Sol parecía pálida y sin esplendor. Esta temporada de oscuridad, que seguramente no puede ser comparada con las tinieblas sobrenaturales de la Pasión, ya había sido celebrada por la mayoría de los poetas e historiadores de aquella época memorable.



EDWARD GIBBON (Putney, Gran Bretaña, 1737 - Londres, 1794). Fue un historiador británico, hijo de una familia de holgada posición económica, cursó estudios en la Westminster School y en el Magdalen College, tras los cuales fue enviado a Lausana, en parte debido a su inclinación hacia el catolicismo, religión de la que posteriormente renegó.

En 1763 emprendió un viaje que lo llevó a París, donde estudió a Diderot y a D'Alembert, y a Roma, donde pudo conocer *in situ* las ruinas del Imperio Romano, que posteriormente estudiaría. En 1770 regresó a Londres, ciudad en la que publicó varios escritos que le dieron cierta fama. Esa popularidad se incrementó notablemente tras la publicación, en 1776, de los primeros volúmenes de *Historia del ocaso y caída del Imperio Romano*, su obra magna, en la que estuvo ocupado hasta 1788 y en la cual trazó un pormenorizado estudio del Imperio Romano desde el siglo II a. C. hasta la caída de Constantinopla en 1453. Esta obra, así como los demás libros que escribió, lo convirtieron en el más importante historiador británico de la época.

## **Notas**

[1] Una secta judía que se permitía un tipo de conformidad transitoria derivó de Herodes el nombre de herodianos, por cuyo ejemplo y autoridad habían sido seducidos. Pero sus miembros fueron tan insignificantes y su duración tan corta que Josefo no los ha considerado dignos de su atención. <<

[2] «¿Cuánto tiempo me provocará este pueblo? ¿Y cuánto tiempo transcurrirá antes de que crean en mí, con todas las señales que he hecho entre ellos?». (*Números XIV, II*). Sería fácil, aunque indecoroso, justificar la queja de la Divinidad a partir de todo el contenido de la historia mosaica. <<

[3] Durante esta ausencia ocasional, el obispo y la iglesia de Pella mantuvieron todavía el título de Jerusalén. Del mismo modo, los romanos pontífices residieron setenta años en Aviñón y los patriarcas de Alejandría habían trasladado hacía mucho tiempo su sede episcopal a El Cairo. <<

[4] De todos los sistemas del cristianismo, el de Abisinia es el único que todavía se adhiere a los ritos mosaicos. El eunuco de la reina Candace podía sugerir algunas sospechas, pero, como se nos asegura que los etíopes no fueron convertidos hasta el siglo IV, es más razonable creer que respetaban el sábado y distinguían las carnes prohibidas a imitación de los judíos, que, en una época muy anterior, estaban establecidos en ambas orillas del mar Rojo. La circuncisión había sido practicada por los etíopes más antiguos por motivos de salud y limpieza. <<

[5] Agustín es un ejemplo memorable de su gradual progreso desde la razón a la fe. Estuvo, durante varios años, atrapado en la secta de los maniqueos. <<

[6] El senado romano se reunía siempre en un templo o lugar consagrado. Antes de que entraran en materia, cada senador derramaba algo de vino e incienso sobre el altar. <<

[7] Si un amigo pagano (en el caso, por ejemplo, de estornudar) usaba la expresión familiar de «Júpiter te bendiga», el cristiano estaba obligado a protestar contra la divinidad de Júpiter. <<

[8] La preexistencia de las almas humanas, hasta donde al menos esa doctrina es compatible con la religión, fue adoptada por muchos de los padres griegos y latinos. <<

[9] Esta expectativa estaba contenida en el capítulo 24 de san Mateo y en la primera epístola de san Pablo a los tesalonicenses. Erasmo disipa la dificultad con la ayuda de la alegoría y la metáfora, y el docto Grocio se atreve a insinuar que, con propósitos acertados, se permitió que sucediera la decepción piadosa. <<

[10] La Iglesia primitiva de Antioquía calculaba casi seis mil años desde la creación del mundo hasta el nacimiento de Cristo. Africano, Lactancio y la Iglesia griega han reducido ese número a cinco mil quinientos y Eusebio se ha contentado con cinco mil doscientos años. Estos cálculos se formaron en la *Septuaginta*, que fue universalmente recibida durante los seis primeros siglos. La autoridad de la *Vulgata* y del texto hebreo ha determinado que los modernos protestantes y católicos prefieran un período de cerca de cuatro mil años, aunque en el estudio de la Antigüedad profana a menudo se encuentren constreñidos por esos estrechos límites. <<

[11] En el concilio de Laodicea (alrededor del año 360), el Apocalipsis fue tácitamente excluido del canon sagrado por las mismas iglesias de Asia a las que iba dirigido y podemos saber por la queja de Sulpicio Severo que su sentencia había sido ratificada por el mayor número de cristianos de su tiempo. Entonces, ¿a partir de qué causas el Apocalipsis es hoy tan generalmente aceptado por las Iglesias griega, romana y protestante? Se pueden considerar las siguientes: I. Los griegos fueron dominados por la autoridad de un impostor que, en el siglo VI, asumió el papel de Dionisio el Areopagita. II. Un justo temor de que los gramáticos pudieran ser más importantes que los teólogos comprometió al Concilio de Trento a fijar el sello de su infalibilidad sobre todos los libros de la Escritura contenidos en la *Vulgata* latina, entre los que afortunadamente se encontraba el Apocalipsis. III. La ventaja de que esas misteriosas profecías se volvieran contra la sede de Roma inspiró a los protestantes una veneración poco común por un aliado tan útil. Véanse los discursos ingeniosos y elegantes del actual obispo de Lichfield sobre esta materia poco prometedor. <<

[12] Los críticos modernos no están dispuestos a creer lo que los padres afirman casi unánimemente, que san Mateo compuso un evangelio hebreo del que solamente existe la traducción griega. Sin embargo, parece arriesgado rechazar su testimonio. <<